

La Ilustración Artística

AÑO XV

BARCELONA 21 DE DICIEMBRE DE 1896

Núm. 782

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA NOCHEBUENA DEL SOLTERO

dibujo de Vicente Cutanda



Texto.— *La vida contemporánea. Cuento de Navidad*, por Emilia Pardo Bazán. — *El hemicycle de la escuela de Bellas Artes de París*, por R. Balsa de la Vega. — *Nochebuena*, por A. Danyila Jaldero. — *El coche nuevo*, por Pedro Sabau. — *Vox populi*, por Eduardo de Palacio. — *Nuestros grabados. Problema de ajedrez. El paraguas*, por P. Gómez Candela. — *Cerebro artificial. Juanín*, por Eduardo Zamacois. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Omnibus de vapor sin rieles*, por G. L. Pesce. — *Descensor automático*, por X. — *Patriotas españoles en México*.

Grabados.— *La Nochebuena del soltero*, dibujo de Vicente Cutanda. — *Retrato de Hippólito Delaroché. Madrid. La Nochebuena en las calles. La Nochebuena en los salones*, dos dibujos de Méndez Bringa. — *Santa Gertrudis*, grupo en bronce de Rodolfo Siemering, erigido en un puente de Berlín. — *D. Federico Errázuriz*, recientemente elegido presidente de la República de Chile. — *Islas Filipinas. Una calle de la ciudad de Cavite. El capitán de artillería D. Severo Gómez Núñez. El coronel D. Ruperto Salameo y Yebes.* — Dibujo del retrato de *Mr. Bryan* transmitido telegráficamente por medio del aparato inventado por Edison y Kenny. — *Un maestro de minué*, dibujo a la pluma de Baldomero Gili y Roig. — *La oración de Nochebuena*, cuadro de Alfonso Marx. — *El sueño de Jesús*, cuadro de Carlos León Godeby. — Figuras 1 y 2. *Omnibus de vapor sin rieles. Descensor automático para salvamento en casos de incendios (dos grabados). Patriotas españoles en México (cuatro retratos).*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CUENTO DE NAVIDAD

Voy á contaros un cuento de la gran Noche, que me refirió un viejo peregrino, cansado ya de recorrer todos los caminos y senderos de este mundo y deseoso únicamente de recostar la cabeza en una piedra y morir en paz. Si el cuento es algo sombrío, atribuídlo á la fatiga y á las muchas desventuras del que me narró esta especie de sueño.

La noche de Navidad de uno de estos últimos años, habéis de saber que nuestro Señor Jesucristo en persona quiso bajar á la tierra y recorrerla, porque, como nadie ignora si ha leído el texto santo, las delicias de Jesús son morar entre los hijos de los hombres.

Dejó, pues, su trono y su asiento á la diestra del Padre, y ocultando la majestad y la belleza de su aspecto bajo forma que no deslumbrase á los ojos mortales, y que á veces ni aun fuese visible para ellos, descendió al mundo, deseoso de encontrar piedad, amor y fraternal regocijo. La naturaleza parecía asociarse á la solemnidad del día: en el firmamento, claro como una bóveda de cristal, brillaban los astros de oro y de esmeralda pálida, titilando como una mirada cariñosa: ni corría un soplo de aire, ni una partícula de humedad condensada en figura de nubecilla empañaba la magnificencia de la hora nocturna. En el polo donde primero se apoya el pie sagrado de Jesús, enciéndese súbitamente, como para festejarle, una espléndida aurora boreal: reflejos abrasadores, purpúreos y anaranjados colorean la nieve y arrancan de los enormes témpanos centelleo diamantino. Mas ¿qué le importa á Jesús la magia del espectáculo? Lo que él busca es luz de aurora en los corazones; le atraen los fenómenos del alma, no los juegos de un meteoro en las rocas insensibles y en las heladas estepas. Y pasa adelante.

El primer lugar donde encuentra hombres, es una llanura árida, el fondo de un valle que altas montañas limitan y coronan. Hombres, sí, cubren el suelo de la llanura, apretados como la mies cuando la acuesta la guadaña del segador; pero tiesos, inmóviles, yertos, crispados en posiciones violentas; y en sus rostros lívidos vueltos hacia el cielo resplandeciente de dulce claridad estelar, en sus ojos abiertos y sin mirada, una expresión de rabia ó de espanto persistía aún, á despecho de la muerte... Porque eran cadáveres los que cubrían la llanura, y la llanura era un campo de batalla. Jesús, pensativo, los contempla breves instantes. En los pechos abiertos, las heridas bermejas parecen bocas; en las frentes destrozadas, los negros coágulos de sangre parecen mariposas fúnebres de esa horrible especie llamada *Atropos*, que lleva sobre el corselete la figura de un cráneo. Algunos de los hombres que yacen en la llanura respiran todavía, porque, prestando oído, se percibe su ronco estertor agónico. Una mujer anciana, deshecha en llanto, amparando con la mano una trémula lucecilla, cruza inclinándose para ver los rostros: busca tal vez á su hijo entre los muertos. Un caballo sin jinete pasa, olfateando la carnicería y huyendo enloquecido... Y Jesús sigue, se aleja.

Entra en una ciudad populosa. Por las calles circula gente alborozada, gozando la deliciosa templanza de una noche tan apacible que parece primaveral. Voces vinosas entonan cantos desafinados; las guitarras acompañan con su rasgueo procaz coplas equívocas; las panderetas repican insensatamente, y discordes sonidos de rabeles, zambombas, chicharras, carracas de metal, se enzarzan en el aire como brujas volando al sábado. La multitud, desparramándose por las calles, se arremolina ante los cafés atestados, sofocantes de calor; á veces un grupo se cuela por la puerta de alguna hedionda tabernucha, de donde salen pateos, algazara, blasfemias y vaho de aguardiente.

Ante una de estas innobles guaridas se para el Nazareno. Ve allá en el fondo un grupo alrededor de una mesa: dos hombres y una mujer. Ella da cuerda á entrambos; los provoca, los enreda; ellos beben copa tras copa, y disputan. El uno arroja un vaso á la cara del otro: el vaso se hace pedazos, el hombre se incorpora chorreando heces de vino mezcladas con sangre. Los demás bebedores intervienen, amonestan al sano, aplacan al herido, le enjugan la faz, bromean, obligan á los adversarios á reconciliarse, les incitan á que se abracen riendo; el sano tiende los brazos, con cordialidad y sin recelo alguno; el herido desliza en el bolsillo la mano abierta; corta el aire el relámpago de una navaja, y cae un hombre con el pulmón partido.

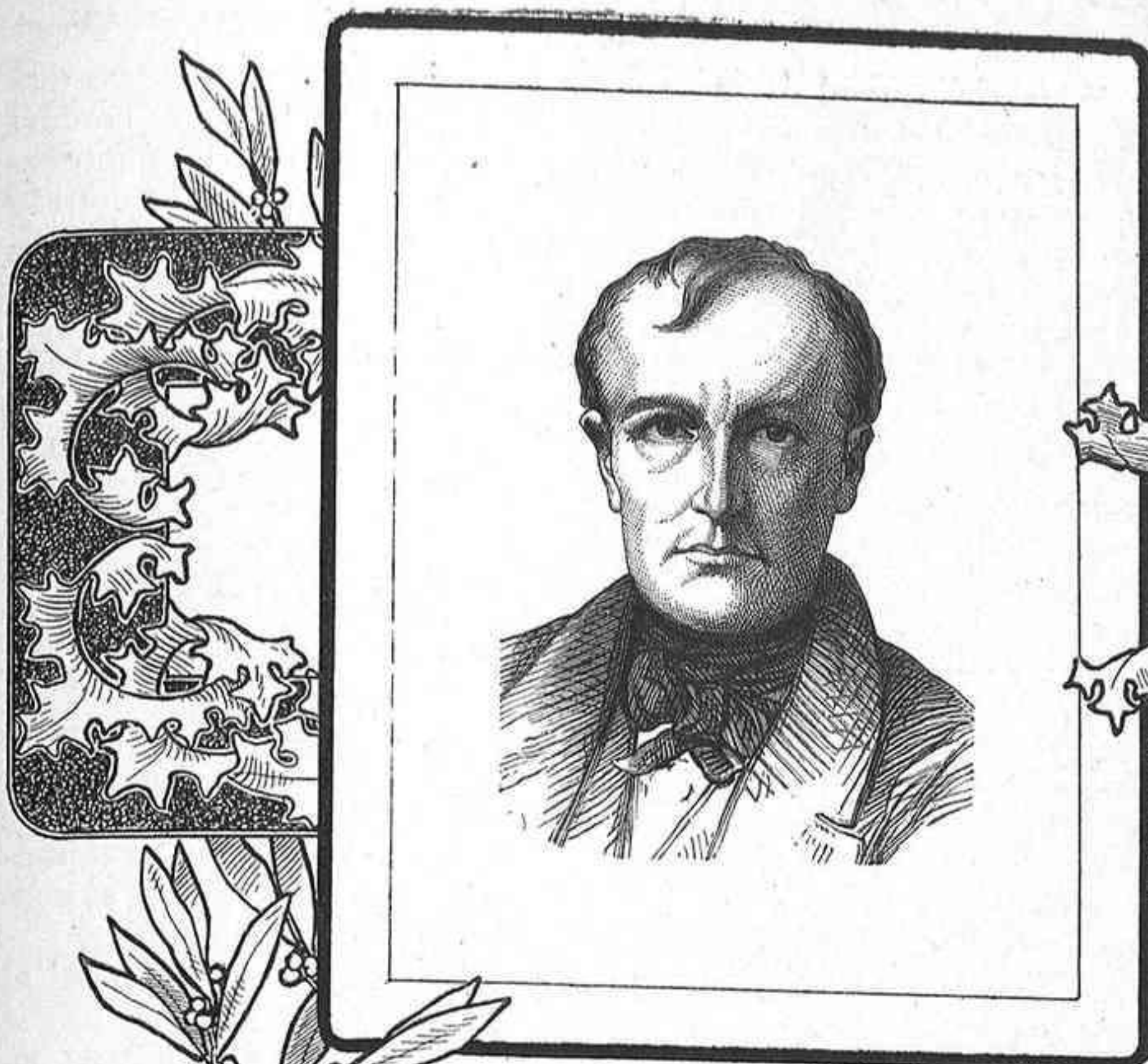
Jesús se desvía, sigue andando, y ve un portal grandioso, iluminado, sostenido en columnas de rojo mármol con chapiteles de bronce. Sube la escalera, que reviste densa alfombra y decoran nobles tapices de batallas y cacerías, y penetra en una antecámara donde hacen la guardia criados de calzón corto y armaduras ecuestres auténticas. La antecámara da acceso á un saloncito sin muebles, alumbrado por cientos de globos eléctricos, y en el fondo del saloncito, bajo celajes de tul fino batidos como espuma, aparece un encantador Belén, un Nacimiento para niños millonarios, obra de arte más que de ingenua devoción. Al través de los campos y los montes imitados con musgo y piedra pómez, salpicados de palmeritas enanas y de gentiles y diminutos cedros, se deslizan murmurando riachuelos naturales, que sin duda algún ingenioso mecanismo hidráulico hace correr. De los montes de piedra pómez, en cuyas cimas reluciente polvo blanco remeda la nieve, desciende el torrente Cedrón y sobre el césped natural de los jardines se lanzan y se pulverizan en el aire enhiestos surtidores. Un lago en miniatura refleja en su cristalino seno las torres de Jerusalén, el circuito de sus murallas, las cúpulas del templo y los apretados olivos del huerto de Getsemaní, que trepan por la ladera. Los mil pintorescos detalles de los Nacimientos no faltan en éste, sólo que las figuras, perfectamente modeladas, son muñecos primorosos, y desde el grupo de pastores que se arrodilla como en éxtasis, hasta los Reyes Magos que caballeros en sus dromedarios asoman por una garganta salvaje, cada figurilla revela la mano de hábil escultor. El prodigio es la gruta; hecha de cristales de roca menudísimos y cristalizaciones de amatista, se irisa con múltiples cambiantes al herirla la luz del foco eléctrico en forma de estrella, que, suspendido de un hilo de perlas, oscila á gran altura. Y en la gruta deslumbradora, entre un asno y un buey de plata cincelada, la Virgen, de oro, vela al Niño, de oro y esmalte también, con la cabecita de madreperla. Para ostentar dignamente aquel grupo, joya de la orfebrería florentina del Renacimiento, tal vez de Benvenuto Cellini, aquellas efigies en que la riqueza de la materia compite con lo inestimable de la ejecución se ha armado, sin género de duda, el Belén suntuoso, y han corrido los torrentes y las cascadas bajo las palmeras y los olivos. Lo extraño era que no hubiese nadie, nadie absolutamente, en el salón, nadie para admirar tal maravilla, nadie para acompañar al niño Jesús de oro y piedras, á fin que no se helase en su gruta de cristalizaciones, entre los reflejos violáceos de la amatista y los destellos multicolores de la diáfana roca... Y sin embargo, el palacio no debía de estar desierto, sino al contrario, lleno de gente: se notaba en la atmósfera esa vibración, esos efluvios tibios que sólo produce el aliento de muchos hombres y mujeres reunidos para una fiesta. Del fondo de una galería llegaba á veces prolongado murmullo, las rotas cadencias de una música alada y sensual, el gorjeo de las risas. Jesús adelantó y se encontró en la galería, bello jardín de invierno, decorado por gigantescas plantas y árboles de remotos climas, gomeros y lantanas de enormes hojas, cicas y pandanos de complicada estructura semejantes á pagodas y obeliscos de porcelana verde. Esparcidas por el jardín se veían las mesas donde cenaban alegres grupos, mujeres engalanadas, acribilladas de pedrería, hombres que ostentaban sobre la

solapa de grana de su frac gardenias ya mustias por el calor. La orquesta de cuerda, oculta en un kiosco árabe que revestían floridas enredaderas, acompañaba suavemente el rumor de las conversaciones y de las carcajadas melodiosas, el ticlitear de las transparentes copas que el Champagne orlaba de espuma, y el levísimo choque de los platos, que la destreza de los criados amortiguaba lo posible. Era una lujosa cena de Navidad. Jesús retrocedió, volvió al salón del Nacimiento, donde se vió otra vez en el establo, niño y solo. El roce de unos pasos sobre el pavimento de incrustaciones de madera se dejó oír, y una mujer, una jovencilla, de ojos azules, de blanco traje apenas escotado, penetró en el saloncito, fué derecha al Belén, y envió una tierna sonrisa al Niño, que contempló largamente. Después, como el que tiene que ocultar una escapatoria, volvió precipitadamente á la galería, donde tal vez la echasen de menos. Era la hija del dueño de la casa. El Niño de oro ya no sentía tanto frío, y Jesús, extendiendo la mano, bendijo á la doncellita, la única que se acordaba del misterio...

Salió del palacio sin volver atrás la vista, y alejóse del pueblo, de la gran ciudad corrompida y fangosa, como se había alejado del siniestro y sangriento campo de batalla. Un cambio repentino en la atmósfera presagiaba temporal: nubarrones densos y oscuros como plomo corrían por el cielo: ráfagas de cierzo glacial azotaban los árboles, y se oía el mugir pavoroso del mar rompiéndose contra los escollos. Jesús se encontró en una aldea de pescadores, mísera aldehuela, suspendida como nido de gaviota en una escotadura de la costa salvaje. A pesar de la hora, bastante avanzada para gente que suele economizar luz, nadie duerme en la aldea: ábrense de golpe las puertas de las cabañas, y hombres y mujeres, provistos de faroles encendidos y de largas pértigas, de bicheros, de cestos y de sacos, se dirigen en tropel hacia la playa, despreciando el viento que les azota el rostro y la lluvia que empieza á caer traída por las rachas furiosas del huracán. Imponente aspecto el del Océano: olas gigantescas, con cresta de espuma, se alzan descubriendo abismos, y el sulfuroso zigzag de un relámpago alumbraba en el fondo de la sima á una embarcación que corre sin rumbo. Los ribereños alzan las luces, las hacen brillar, y el barco, que en ellas cree distinguir la salvación, el puerto amigo, manobra hacia la costa, y, precipitándose, va á chocar contra el bajío, donde se clava despedazado. Los naufragos, que á la luz de otro relámpago se habían visto sobre el puente, en actitudes de terror y desesperación, se arrojan al agua asidos á tablas, cogidos á cuerdas, montados sobre barriles; y luchando con las monstruosas olas que los sacuden y los zapatean contra el peñascal, nadan desesperadamente para alcanzar la playa, en que brillan y corren las luces, en que ven agitarse seres humanos. Y entonces se verifica algo espantoso: los que en la playa esperan á los naufragos, al verlos llegar moribundos, con las pértigas, con los bicheros, con remos, con palos, con cuchillos, los rechazan hacia el agua otra vez; pero antes les despojan de la cintura de cuero en que salvaban oro y papeles, de la cartera que se ataron bajo el sobaco al comprender el peligro, de la ropa, de cuanto poseen; y por si las olas tardasen en hacer su oficio, aturden á los infelices de un golpe en la cabeza, y así los arrojan al piélagos, inertes ya. Y danzando de júbilo, ó gruñendo como canes por el reparto del botín, esperan la madrugada al pie de los escollos, para recoger los despojos del buque que el mar escupirá bien pronto, aprovecharse de la feliz albatana, y celebrar después con grosero y copioso banquete el día de la Natividad del Señor...

El Redentor ha huído de la playa: sus ojos están nublados, su alma triste hasta la muerte, como lo estaba cuando sudó sangre en Getsemaní. Y su corazón, abrasado de caridad como nunca, insaciable en amar á los hombres, siente las espigas de la corona que se le clavan, agudas é invisibles. ¡Para esta raza había nacido en el establo y había muerto en la cruz! Entrando en una de las cabañas que los pescadores dejaron desiertas al salir á su horrible pesca de naufragos, divisa, en un rincón, cerca del fuego, un niño arrodillado. Al verse tan solo, el rapaz ha tenido miedo, y se ha acercado al hogar buscando abrigo, y reza buscando amparo y protección. Jesús le coge en brazos, le besa, le acuesta, le pone la mano en los ojos y le deja tranquilamente dormido, soñando con los ángeles. Y al ascender otra vez al cielo, se lleva Jesús en el hueco de la mano cuatro perlas: las lágrimas de una madre que buscaba á su hijo en el campo de batalla; el abrazo de un hombre que pide le sea perdonado un agravio; la sonrisa de una doncella, y la oración de un inocente.

EMILIA PARDO BAZÁN



21 de Diciembre de 1837

EL HEMICICLO

DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE PARÍS

21 de diciembre de 1837

Hipólito Delacroix, Pablo, como llamaban familiarmente al célebre artista, de cuya mano es la pintura decorativa en cuya descripción voy á ocuparme, fué uno de los pintores franceses contemporáneos que más *sentidos* han sido en los círculos artísticos de España, aun cuando no haya tenido secuaces en nuestra tierra, como los tienen al cabo de cuarenta años los Millet y Courbet.

No fué Delacroix «pintor de paleta.» Todas sus obras, y aun esta misma de la Escuela de Bellas Artes, carecen de las condiciones que necesita una pintura para cautivar el ánimo con la armonía de los colores y el dominio ó interpretación de la luz. Uno de los varios críticos que con más imparcialidad juzgaron á Delacroix (Planche se ensañó con el artista de un modo harto injusto) fué Edmond About, y dijo, refiriéndose á este particular de la paleta: «Desde el punto de vista de la pintura propiamente dicha, Delacroix no es más que un artista de segundo orden... No encontraréis jamás en sus obras color verdad, ni línea franca, ni plano en su sitio.» Mas con todo esto y á pesar de todo esto, Hipólito ó Pablo Delacroix ocupa un puesto de los más altos en la historia del arte francés contemporáneo. Para mí, es el primero de los pintores originales, cultos, de fibra realmente dramática y que supo resucitar escenas históricas de otros días, que cuenta Francia en este siglo. Quien traza cuadro tan dramático, tan «sugestivo», tan real, hasta en el menor de los detalles, como el de *La muerte del duque de Guisa*, no puede considerarse sino como un talento de primer orden. Y sin embargo, ese cuadro, que ha sido reproducido hasta la saciedad por cuantos medios de reproducción existían entonces y existen ahora; ese cuadro en el que cada personaje es un estudio psicológico interesantísimo, en el que la disposición de la escena, rompiendo los llamados moldes académicos, causa el efecto de la realidad misma; ese cuadro, repito, solamente obtuvo, cuando su autor lo expuso en el Salón de 1835, más que un éxito mediano; igual suerte corrieron los titulados *Los hijos de Eduardo*, *Carlos I de Inglaterra insultado por la soldadesca de Cromwell* y otros de este género. La crítica y el juicio público suelen equivocarse de cuando en cuando.

Delacroix, dice un escritor su coetáneo, ha sabido marchar por camino distinto del que generalmente siguen los artistas todos, aun los de más talento. Bastaría con esto para la gloria de Delacroix, si el célebre pintor no hubiese demostrado además ser un dibujante realista excelente, y un retratista admirable, y un pensador de grandes vuelos y de exquisita delicadeza. ¿Quién no conoce el cuadro *Cristo en Gethsemani* ó como vulgarmente se titula *La oración en el huerto*? Creo que no ha habido ni existe en la actualidad periódico ilustrado que no haya reproducido ese lienzo de Delacroix, así como varios de los que, inspirados en la tragedia del Gólgota, trazó el célebre pintor en los últimos años de su vida. Y si al cabo de medio siglo (Delacroix murió en 1856 á los cincuenta y nueve años) todavía se reproducen tales obras, ¿es lógico creer en las diatribas de Plan-

che y en los juicios de algunos críticos? A la vista tengo en este instante dos magníficos grabados en acero, hechos en París hace

tres años, que reproducen el *Hemiciclo de la Escuela de Bellas Artes* y el famoso cuadro *La comunión de María Stuard*. ¡Todavía la obra de Delacroix, enorme por el número, hace gemir las prensas!

* *

Durante el año de 1837 trazó el célebre artista la pintura decorativa que me ocupa en este artículo. Diez y ocho años después un incendio casi la destruyó. La restauración la verificaron los discípulos de Delacroix, bajo la inmediata vigilancia del maestro. A juzgar por las descripciones que de la obra se hicieron antes del siniestro, ésta ganó bastante en varias partes, por lo tocante al color; respecto de la línea, hubieron de ajustarse los restauradores á los cartones de Delacroix.

La sala que decora esta pintura es la sala de actos de la Escuela y su forma es semicircular. Ocupa la obra de Delacroix todo el muro, hasta el arranque de la bóveda; mide quince metros de largo por cinco de elevación, y ofrece el aspecto de un friso colosal.

Por la disposición de los grupos y la forma en que se hallan dispuestas y colocadas aquellas setenta y pico de figuras, esta gran obra maestra pudiera titularse *Apoteosis del Arte*. Tiene por fondo un pórtico clásico, cuya perspectiva es semicircular y al que simula subirse por una gradería de mármol. Ocupan el centro de la composición un pintor, un escultor y un arquitecto, Apeles, Fidias é Ictinio; están sentados, tienen desnudo el torso y ciñen sus sienes coronas de laurel. Sabido es que Fidias é Ictinio fueron el arquitecto y el escultor del Partenón. Un poco más abajo y de perfil aparecen á derecha é izquierda de los tres grandes dioses del arte griego cuatro figuras alegóricas que simbolizan el arte griego, el romano, el gótico y el del Renacimiento. Más abajo de este grupo se ve á una espléndida joven á la que apenas cubre parte de sus hermosas formas un paño, inclinada hacia la tierra, en actitud de arrojar al público las coronas que recoge. Esta figura, la más bella de color de la composición, representa la Gloria.

A la izquierda de este grupo central, grupo que bien puede considerarse como de dioses, pues se miran en actitudes de olímpica majestad los tres ya citados genios de la Grecia de los días de Pericles, están los grandes escultores y pintores *coloristas*; á la derecha los arquitectos y pintores *dibujantes*; dentro de estos dos grupos se advierten tres más, resultando así que en realidad son seis las masas de composición que forman la total de esta pintura decorativa.

No figuran en esta asamblea de genios del arte más que dos pintores españoles, Velázquez y Murillo; ni un escultor, ni un arquitecto. Berruguete, Herrera, Alonso Cano, fueron pospuestos al arquitecto Luzarche, al medianísimo pintor Antonio de Messina y á otros artistas de talla parecida. ¡Qué hemos de hacerle! Después de todo, la culpa es nuestra.

* *

Delacroix supo determinar en cada grupo é individualmente en cada figura la característica de la rama del arte que cultivaron aquellos genios, y dentro de esa rama, la tendencia y modo de sentirla de cada uno. Así pues, en los grupos de los arquitectos y pintores *dibujantes* se advierte reposo, poco movimiento en las líneas y severidad en las posturas; en cambio, en el grupo de los pintores *coloris-*

tas hay más luz, actitudes más movidas. Para el gran genio del Renacimiento, para Miguel Angel, escultor, arquitecto y pintor, supo encontrar Delacroix un lugar separado de la composición general; de modo que sin aparecer como nota suelta, sin embargo, no aparece tampoco formando parte de ninguno de los grupos. Allí está el hombre sin pareja, en un rincón, solo, meditando. Quizás se haya inspirado Delacroix en la estatua que el inmortal florentino trazara de Cosme de Médicis, y que conoce todo el mundo por *el penseroso*; pues en la actitud de Miguel Angel se recuerda, siquiera sea vagamente, la del príncipe, y al mirar allí al pintor de la Sixtina, solo, sin que parezca distraerle de su meditación lo que en derredor suyo sucede, y á distancia de sus colegas Vinci y Rafael (éste que escucha respetuosamente al viejo autor de *La Cena* y de *Mona Lisa*), llégase á pensar si Delacroix recordaría la famosa anécdota que se refiere del de Urbino y de Miguel Angel, y que es la siguiente:

Bajaba cierto día el gran florentino las escaleras del Vaticano, al mismo tiempo que las subía Rafael, acompañado de muchos de sus discípulos y admiradores. El platónico amante de Victoria Colonna, dirigiéndose á su joven colega le dice con desdén: «Tú, siempre rodeado de amigos, como las cortesanas.» Rafael se detiene, y devolviendo á Miguel Angel el desprecio de la mirada con otra más desdeñosa todavía, le contesta: «Y tú, siempre solo, como el verdugo.»

Recuerdo aquí esta anécdota, porque da una idea clara y precisa del carácter de aquel hombre inmortal, y al propio tiempo del talento y tino con que Delacroix le caracterizó y determinó en esta famosa pintura de que vengo hablando.

* *

Charles Blanc dedicó un estudio á la obra de Delacroix, y dice, refiriéndose á ese particular del acierito con que el artista supo caracterizar el tipo de cada uno de los inmortales que figuran en el *Hemiciclo*: «Cada uno de los artistas admitidos en este Eliseo, conserva en efecto su propia fisonomía, quiero decir, el de su talento y el de su persona. El mismo papel y el mismo lugar que han desempeñado y ocupado en la historia, lo siguen ocupando y desempeñando en esta composición. Los príncipes del arte hallanse rodeados de sus discípulos, que les hacen y les forman una corte nobilísima, inteligente y pulcra; los originales están aparte y se les reconoce á la primer ojeada por sus actitudes concentradas y su aire taciturno.»

* *

Un detalle y un recuerdo. Delacroix estaba casado con una mujer hermosísima, á quien profesaba un amor sin límites; el artista quiso inmortalizar á su ídolo y lo retrató en la figura, una de las más *sentidas*, que simboliza el *arte gótico*. Pocos años después murió la bellísima modelo, la enamorada esposa; el golpe fué tan rudo para Delacroix, que su carácter afable y expansivo se trocó en melancólico hasta el extremo de rehuir todo trato, excepción hecha del de sus discípulos.

En vano los muchos y buenos amigos del célebre pintor hicieron esfuerzos supremos, recurriendo á cuantas artes creían seguras para devolver, siquiera fuese en parte, la tranquilidad á aquel corazón lastimado tan hondamente; Hipólito Delacroix murió dos ó tres años más tarde, á consecuencia de un aneurisma.

R. Balsa de la Vega

NOCHEBUENA

— ¡Quieto, Noble! *Mar fin* tengan los *chiquiyos* de las latas y las panderas. Bien podían ir á tocar el tambor á la vera de su *mamáta* y no andar á la una de la noche *jaciendo er buey*. *Ca ve que pazan eso arrapiezo* se espanta *er ganao pa* media hora. Y *er Noble*, que *tie má* sangre que *er cabayo* de Santiago... ¡Jeromo, eh, Jeromo! *Na*, no contesta; como si se hubiera *cato* en *er Guadarquivó*... Anda tú, *Colasiyo*, y dale un achuchón *ar* cochero de la *embajá á ve* si se *jaze* un poco *pa alante*; que si no, *lo animale* estos van á *jazerle* un *desavío* en su berlina.

— Pero, Sr. Martín, si está más dormido que una marmota.

— Déjalo *pue*, nos haremos un poco *pa atrás*... ¡*Aixa*, Capitán! Noble, ¡*atrás*, perro!..

— Bueno, bueno, Sr. Martín. Ya está bien. Ahora me vuelvo al zaguán, que está más *abrigao* que la calle.

— Vaya una Nochebuena de *buten* que estamos disfrutando, ¿eh, *chiquiyos*? No dirás que no estamos *divertíos*... ¡*Por vía der diablo*!.. ¡*Mar fin* tenga *Madri* y *er condena* *ofisio*! ¿Qué te *paee* la juerga que se hubiera *armao* en la cochera con *lo boqueronciyo* y la *manzaniya* que tenía mi parienta *prevenío pa* er caso?

— Y la bota de Cariñena que me ha enviado mi tía Indalecia...

— *Caya*, hombre, y no *miente esa* cosas que me voy á *echá á yorar*...

— Suerte que llevamos estos felpudos de piel; que si no, nos quedábam más fríos que los reyes de la plaza de Oriente.

— Yo en *er cuerpo* no tengo frío, pero *lo pinreles* están ya *convértíos* en sorbete.

— Ya falta menos, Sr. Martín, que ahora mismo ha bajado uno de arriba y dice que se ha acabado la misa y van á servir la *cuchipanda*.

— *Pue entonse ya estamo* bien. Con una hora *ú do pa atiforrarse* de *too* lo que *Dió* ha *criao* comestible y bebible; otro par de horitas de *palique* con la *jembra barbianas* que habrá *po* arriba, y si no se terciá su *mijita* de baile, al *amanecé* ya estás en la cochera. No sé *pa* qué nos han hecho *vení* tan *trempano*: pero en fin, *peor fuea* no verlo. Dame *La Corresponsencia* y *leeremo argo*.

Y mientras, el lacayo corre á la portería, donde ha dejado el periódico pedido por el cochero, éste se *arranca* por lo flamenco, entonando á media voz la conocida guajira que comienza afirmando que

El hombre pobre es basura
sin ninguna estimación,
primera mancha y borrón
que *puea* tener criatura.

En tanto arriba en los fastuosos salones del palacio ducal, decorados con todos los refinamientos del lujo moderno; entre flores, tapices, espejos, porcelanas, estatuas y cuadros de inestimable precio, iluminado todo por los brillantes destellos de la luz eléctrica, y en una atmósfera deliciosa, producida por la tubería de agua caliente que circula oculta entre la riquísima alfombra y el elegante mobiliario, una distinguida concurrencia, la *creme* de la *hige life* madrileña, congregada por los próceres dueños de tanta riqueza, abandona la soberbia capilla bizantina, donde se ha celebrado el santo sacrificio de la misa, y semejante á alegre bandada de pájaros se esparce por los salones, haciendo resonar los ecos del palacio con los estrepitosos sonos de los panderos y las zambombas, que momentos antes sirvieran para acompañar rústicos villancicos entonados á coro por apuestos pastores vestidos de frac y corbata blanca, y garridas zagalas con trajes de seda de vivos colores, cuyos escotes y cortas mangas permiten admirar morbideces que ciertamente no lucieron jamás las púdicas doncellas betlemitas. Pero ¡quién se fija en tales anacronismos! La Misa del Gallo ha terminado y la hora del *lunch* suena, con hartó contentamiento de la grey pastoril.

Algunos espíritus prácticos, veteranos de la vida cortesana, separanse de la bulliciosa columna apenas traspasan los umbrales de la capilla, y se dirigen á la *serre*, donde bajo las plantas tropicales las mesas del *buffet* les brindan con succulentos manjares, con lo cual y el auxilio de unos cuantos vinos nacionales y extranjeros cenan en toda regla, por aquello de que nada quita lo cortés á lo valiente, y en la vida social no todas las noches son buenas ni mucho menos.

Empero la gran mayoría, compuesta por el elemento joven ó que de tal tiene las pretensiones y otros muchos individuos de ambos sexos ya machuchos, pero que no se resignan á serlo, continúa el animado desfile á través de las amplias estancias, con ruidosa

algazara, en la que se confunden los sonos de las panderetas con el ruido de las carcajadas y de las voces juveniles, hasta que al penetrar en el gran salón de honor se encuentran detenidos por un destacamento, que vistiendo la rica librea ducal y llevando á guisa de armas enormes bandejas de plata repletas de sorbetes, le intiman la rendición.

A la cabeza de la servidumbre marcha Bautista, el viejo mayordomo encanecido al servicio de los duques, cuya actitud regula la de los demás domésticos, que obedecen sus órdenes acudiendo presurosos adónde les indica con un movimiento de cabeza.

Bautista, como cualquier simple mortal, tiene sus preferencias y se dirige hacia una vieja condesa en cuya tierra solariega vió la luz allá en la verde Galicia; pero no cuenta con la huésped, ó sea con Teodorito, joven *pschut* agregado á la embajada de Berlín, y su compinche *Pipo*, conocido por este mote en cuantos sitios se recibe, se baila, *se hace* música y sobre todo *se toma* algo. Entre ambos detienen al funcionario de calzón corto y medias rojas, y dan á la bandeja rudo asalto, repartiendo helados entre las muchachas que les acompañan.

— Enriqueta, éste para usted, dice Teodorito, rojo y blanco como su traje Luisón, ilustre panderetólogo; café blanco como el que usted toma en Viena. A mí también me gusta mucho y no me contentaré con uno solo.

Bautista trata de proseguir su marcha; pero á la Secretaria de la Legación de Persia se le ocurre pedir fresa helada, y *Pipo*, que anda mareado por los hermosos ojos de la diplomática, coge por el brazo al mayordomo y le obliga á girar hacia la apuesta dama, que contempla indecisa la bandeja, diciendo:

— Calle usted, mejor que fresa quisiera avellana.

— No la hay, encantadora Mimi.

— Y este otro, ¿qué es?

— Flor de naranja, contesta Bautista. Si la señora desea avellana haré que se la sirvan.

— ¡*Psch!*, dice *Pipo*. No hay gran variedad en los helados. Lo de siempre. Bien podía el repostero haber inventado algo nuevo, algo *chic* como los sorbetes de bambú y de te azul que nos dieron en la embajada japonesa.

— ¡Oh, aquellos eran deliciosos! *Very good*, contesta la dama.

«¡Gorrones! — piensa en tanto Bautista para sus adentros. — Doce clase de helados que llevo en la bandeja, y aún hace ascos este títere. Valientes tontos están los señores con obsequiar á estos gansos. Sorbetes de cebada es lo único que os daría yo. Suerte que en estos fandangos siempre se *ahorra* uno algunos duros, que si no...»

Y luego, alzando la voz, añade el viejo mayordomo con la expresión hipócritamente humilde que distingue á la clase:

— Dígame la señora lo que desea y se le traerá al punto, y si el señor quisiera tener la bondad de pasar á la *serre*, estoy seguro de que encontraría allí algo que le complacería.

— ¡Ah, está el *buffet* en la *serre*! Mimi, déjese usted de helados y vamos en busca de algo más sólido. Los duques tienen un *champagne* delicioso, marca especial fabricada expresamente para ellos por la casa Roederer, que da una alegría extraordinaria, y yo quiero que esta noche esté usted muy alegre, porque he de decir á usted muchas cosas á ver si la Nochebuena es para mí buenisima, archisuperior.

— Ya volvemos á las andadas, *caro amico*. Cuidadito, que tengo la pandereta en la mano y al menor deslizo...

— *Honni soit qui mal y pense*. Usted siempre tan espiritual y tan bella. Acepte usted mi brazo y marchemos hacia la *serre*. *Allons enfants de la patrie*...

Libre ya Bautista, echa una ojeada á la bandeja, apreciando rápidamente los destrozos causados por el enemigo; pero antes de poder dar un paso, la cabeza de la columna, formada por un grupo encantador de muchachas vestidas con trajes blancos que agitan ruidosamente las panderetas, rodea al mayordomo, y en un momento, entre bromas, risas y carcajadas, desaparecen los helados y Bautista emprende la retirada en busca de otra bandeja, esperando tener esta vez menos impedimentos y llegar hasta el rincón donde la vieja condesa mata el tiempo refiriendo á otras dos señoras mayores los detalles del casamiento de Fernando VII con doña María Cristina.

Entretanto, por todos los ámbitos de la casa la animación y el bullicio han llegado á su apogeo, y jóvenes y viejos charlan y ríen, y sus conversaciones, unidas al chocar de las sonajas y el zumbido de las zambombas, forman un rumor que apenas deja entenderse á los que poseionados de los divanes descansan un momento, preparándose á seguir hasta la madrugada *conmemorando* el Nacimiento del Mesías.

Por esta causa D. Robustiano Armón, el viejo ge-

neral de brigada de la escala de reserva, tiene que levantar mucho la voz para que su colega el coronel de inválidos D. Marcial Bayoneta pueda comprender el sublime plan estratégico que ha discurrido para acabar de una vez con la guerra de Cuba y evitar su reproducción.

— Sí, querido compañero, vocea el general, la cosa es más sencilla que sorberse un huevo, y no hace falta discurrir mucho para entenderla. Lo que hay es que altísimos respetos me sellan los labios; que si no... ¡mil millones de diablos!, ya se habría terminado todo.

— ¿Y cuál es el plan de usted, mi general?

— Hombre, necesitaría un mapa para explicárselo á usted, y aquí no creo que le haya.

— Bueno, pero puede usted darme una idea.

— No es fácil; pero en fin, oiga usted. Por supuesto, que con la mayor reserva, ¿eh?..

— Pierda usted cuidado.

— Pues bien: lo primero que debe hacer cualquiera que tenga la más leve idea de arte militar, es concluir con el enemigo.

— Certísimo; pero ¿quién le pone el cascabel al gato?

— Cualquiera, hombre, cualquiera. Ocupada ya militarmente Cuba, se manda retirar á los leales á las poblaciones de la costa, y luego por medio de la dinamita, la panclastita y la melenita combinada se vuela todo el interior de la isla, que á consecuencia de la explosión quedará lisa y llana como la palma de la mano, y entonces con cuatro regimientos de caballería se da una batida, y al mambís que haya quedado con vida, si queda alguno, se le manda á Fernando Po. En cuanto á las reformas...

— ¡Alto, alto!, grita desafortadamente D. Marcial Bayoneta, ¡alto ahí!

— ¿Qué le sucede á usted, mi coronel?

— No es á usted, es á ese badulaque de criado que pasa con la bandeja llena por delante de nosotros como alma que lleva el diablo.

Los primeros acordes de la orquesta, que preludia un vals de Strauss, impiden oír el resto del diálogo, y pocos instantes después las parejas giran vertiginosamente, envueltas en una atmósfera cálida y saturada de perfumes que invita al placer y á la alegría.

En la calle sopla con fuerza el cierzo del Guadarrama; los caballos piafan impacientes, exhalando espeso vapor de sus cuerpos, á pesar de las mantas que los cubren; el Sr. Martín y sus colegas dormitan en los pescantes; los lacayos forman animados corrillos en el zaguán, y á lo lejos se escucha el griterío ensordecedor de un grupo de gente de rompe y rasga que capitaneado por Eufrosia la *Primorosa*, alegre ribeteadora de la calle de la Comadre, se encamina hacia la taberna de Gumersindo el *Pintao*, donde á los destemplados sonos de una murga, acompañados de la algarabía de panderos, acordeones, guitarras y hasta de alguna que otra lata de petróleo, baila la *creme* del barrio de la Inclusa, tan alegre y satisfecha por lo menos como las ilustres damas y encopetados gomosos que animan los salones del linajudo aristócrata.

A. DANVILA JALDERO

EL COCHE NUEVO

Nadie pudo saber á ciencia cierta la edad que tenía doña Purificación Pérez. Ella afirmaba tener cuarenta y ocho años; pero si alguno de ustedes la hubiese conocido, hubiera asegurado, sin temor á equivocarse, que tenía unos cuantos más.

Y esto no quiere decir que doña Pura — como la llamaban sus amigos para acortar el nombre, — esto no quiere decir que estuviese aviejada, nada de eso: su cabello era negro aún; en su rostro sólo aparecían unas cuantas indiscretas arrugas; sus ojos todavía conservaban cristalino brillo, y de sus rosadas encías sólo unos cuantos dientes habían desertado.

Doña Pura era soltera. Contábase de ella que tuvo amores allá en sus mocedades con cierto jovencito que luego se casó con otra. Contábase también que doña Pura recibió con esto tal golpe, que estuvo dudando si entrar ó no entrar en un convento; y que si no lo hizo fué por no abandonar á sus ancianos padres, y de paso porque parece ser que tenía algún apego á las cosas del mundo. Contábase, por último, que doña Pura quedó huérfana poco tiempo después, y que siendo dueña de una fortuna más que regular para pasar la vida descansadamente, dejó su antigua casa de la calle del Ave María y compró un hotelito en el barrio de Salamanca, adonde se fué á vivir en unión de una vieja sirvienta de sus padres, que la tenía algún cariño y que casi la había visto nacer. Y aquí es donde nosotros la hemos conocido.



MADRID. - LA NOCHEBUENA EN LAS CALLES,
dibujo de Méndez Bringa. (Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

Era el hotel de doña Pura una verdadera monada. Pequeño, como para ser habitado por dos personas nada más; pero tan cuadrado, tan elegante y rodeado de un jardín tan remono, en donde había tal variedad de plantas, que según supe luego por la vecindad, aquel hotel era la envidia de cuantas niñas casaderas por allí habitaban.

Doña Pura, al verse separada de sus padres, pensó ciertamente en contraer matrimonio; pero debió recordarle la vieja criada cierta promesa que hizo de permanecer soltera toda la vida, cuando fué engañada por aquel joven, é indudablemente doña Pura desechó tal pensamiento.

La vida de la solterona no podía ser más modesta. Gastaba lo indispensable para la vida, y puede decirse que no salía del hotel más que para visitar iglesias y oratorios.

Doña Pura buscaba en la religión consuelo para sus males. Era buena, sin echárselas de santa. Era caritativa, sin vanagloriarse de ello. Era religiosa, sin ser hipócrita. En suma, era todo lo que el hombre tiene que ser para salvarse.

Sin embargo, y esto dicho sea con toda clase de reservas, alguien afirmaba haberla oído lamentarse

algunas veces de no poseer una inmensa fortuna para poder brillar en el gran mundo.

Yo, á fuer de cronista honrado, ni lo afirmo, ni lo niego. Solamente diré que todo esto lo oí de referencias, y que en los muchos años que conocí á doña Pura solamente observé en ella un capricho, un deseo muy grande que la preocupaba á menudo. No podía pasar una sola vez por la hermosa cochera que el hotel tenía en su planta baja sin decir: «Dios mío, ¿por qué no he de tener yo coche?» Pero sus rentas no eran suficientes para ello, y la cochera hubo de permanecer vacía...

Cierta tarde recibió doña Pura una carta. En ella se le notificaba que, habiendo fallecido en el extranjero un pariente suyo muy lejano, y á falta de testamento y de otros parientes más próximos, la ley la declaraba heredera de todos aquellos bienes que poseía el difunto.

Realmente esta fortuna *no era cosa del otro jueves*, como vulgarmente se dice; pero sí era lo suficiente para satisfacer aquel capricho de doña Pura, ¡y en qué ocasión!, cuando las piernas empezaban á negarse á sostenerla. Era completamente feliz; Dios había escuchado sus súplicas; ya no faltaba más que dar

orden de que hicieran el coche, y esta orden se dió y el coche fué hecho.

* * *

Yo no sé si usted, lector querido, sabrá - y por si no lo sabe me permito decírselo - que es costumbre muy antigua que se conserva en las capitales de provincia y aun en las grandes ciudades, que todo coche sea estrenado por Dios, para lo cual es preciso aguardar á que vaya el Santísimo á casa de algún enfermo.

Una vez dicho esto, creo que no le ha de extrañar que siendo doña Pura una mujer religiosa y temerosa de Dios, se guardara muy mucho de usar su carruaje sin que antes hubiese ido en él Su Divina Majestad.

Por esta razón tenía la buena de doña Pura el coche muy enfundadito y muy guardado en el mejor sitio de la cochera, y por esta razón no es de extrañar que dicha señora se contentase con mirar y remirar su carruaje y ponderar á la vieja sirvienta la comodidad de aquella elegante berlina.

Pero es el caso que en aquellos días no enfermaba

nadie de gravedad por aquellos barrios, y doña Pura empezaba á impacientarse al ver su coche siempre limpio, siempre nuevo, siempre enfundado.

Si doña Pura no hubiese sido tan buena como era, seguramente que hubiera deseado la muerte á alguien para poder usar su coche; pero ella no: ella se conformaba con decir: «Paciencia, Dios lo quiere así;» y pasaban los días y las semanas y los meses, y nada, la salud en aquel barrio era inmejorable.

*
* *

Cierto día doña Pura no pudo levantarse de la cama. Las piernas se le habían hinchado atrocemente, sentía dolores agudísimos en todo el cuerpo y respiraba con mucha dificultad.

— No es nada, decía con gran resignación. Esto no es nada. Unos dolorcillos; pero mañana estaré buena. No llames al doctor, no hace falta. Mañana, mañana...

Y llegaba mañana, y la enferma continuaba lo mismo.

Pero un día empeoró. La temperatura de su cuerpo era elevadísima, sus ojos miraban vagamente, su rostro se había desfigurado; y la vieja sirvienta se decidió, y sin hacer caso de las entrecortadas palabras que su ama le dirigía para decirle que aquello no era nada, ella llamó al médico y le enteró de lo que pasaba.

— Esto se acaba, dijo el doctor rudamente á la criada, luego que hubo reconocido á la enferma. Esta señora se muere. La ciencia no puede hacer nada. El cuerpo ya no tiene remedio; es necesario salvar el alma, y eso... no es de mi cuenta.

Y dicho y hecho, cogió el sombrero y se fué.

Aterrada quedó la vieja con esta respuesta, y luego que hubo pasado la primera impresión, dió las órdenes oportunas para que fuesen á buscar los auxilios de la religión, y hecho esto, entró en la alcoba.

El estado de la enferma era desesperado.

Aquello se acababa, como había dicho el médico. Doña Pura había caído en una especie de sopor, y no se daba cuenta de lo que á su alrededor pasaba.

¿Llegaría el Santísimo á tiempo?

*
* *

Sí, sí llegaba. El pecho de la enferma aún latía, y sus labios movíanse pronunciando una oración. Rezaba instintivamente, pero rezaba...

Oyóse en la calle un triste campanilleo, y el amarillento resplandor de unas luces entró por la ventana de la alcoba.

La enferma entreabrió los ojos, como si volviese á la vida, y haciendo un supremo esfuerzo, preguntó:

— ¿Qué es eso? ¿Es el Señor?

— Sí, el Señor es, contestó la sirvienta.

— ¿Quién es el enfermo?, preguntó de nuevo doña Pura.

La anciana no pudo contestar.

— Por supuesto que el coche..., siguió preguntando.

— Yo misma le mandé á la parroquia, contestó la interrogada.

Y doña Pura, incorporándose con mucho trabajo, alzó los ojos al cielo y exclamó fervorosamente:

— ¡Gracias, gracias, Dios mío; por fin se ha estrenado el coche!..

PEDRO SABAU

VOX POPULI

Hay autores que aseguran que no hay tiple ni tenores, ni aun partiquinos con voz indefinida.

Los que tal opinan no saben que hay tesoros es-

condidos; artistas latentes, como hay maestros «latentes.»

Andaba por Italia un famoso maestro compositor de ópera buscando voces para educarlas y formar compañía que cantase sus obras.

En paseo, en la calle, en todas partes, en oyendo una voz bien timbrada, fuese de tiple, de mezzo soprano, de tenor, de barítono ó de bajo, detenía al

se podría formar, no uno, sino varios cuadros de ópera italiana y de ópera francesa y de ópera española y de ópera internacional.

Aún no se han enterado los muchachos, y por esto, sin duda, no le persiguen como al otro.

Pero todo llegará.

— Observe usted, me decía, qué despilfarro de facultades en los vendedores ambulantes: ese conjunto de frases musicales que se encuentra en los pregones de los vendedores, es una sinfonía maravillosa. ¡Qué pastoral de Beethoven ni qué habas verdes!

Cada región, cada nacionalidad cuenta con los suyos.

Hay pregón que es una rama.

Frases musicales con un color y una fuerza de sentimientos y una inspiración... ó dos...

Constituyen la base de la música de mañana y de pasado mañana.

Yo conocía por pregones de vendedores *Las alegres comadres de Windsor*, el *Lohengrin* *Los maestros cantores*, *Caballería é infantería rústicas*, *El anillo de los Niebelungos* y el *El de hierro*: no varían más que las «letras.»

En las voces de algunos vendedores se encuentra alguna de tenor puro, extensa, que da el doble do de pecho — como si dijéramos, el doble salto mortal.

Voces de tiple solitaria y de bajo con raíces profundas.

En Andalucía es un derroche de voz el de los vendedores, en general, que entristece.

¡Y qué escuela de canto espontánea la de varios vendedores! ¡Qué estilo tan elegante!

¿Y en Aragón?

¿Y en Cataluña?

¿Y en Valencia?

Andaba en Málaga un vendedor de quincalla, hace algunos años, que tenía que abrir abono para cantar en varias calles.

¡Qué voz de Gayarre (Q. E. P. D.) barato!

— Llevo pastillas finas de jabón de olor: lencerías, batidores vendo baratos — este era el libreto.

Y concluía con una fermata deliciosa.

En Sevilla hubo un farolero que, cuando anunciaba su mercancía, obligaba á las muchachas á dejar sus quehaceres para asomarse en ventanas ó balcones y rejas, y oír al cantaor mercantil.

En oyendo aquella voz dulcísima pregonar los faroles, no podían contener sus ímpetus artísticos las vecinas.

Hay vendedor que recuerda escenas dramático líricas cuando ofrece al pueblo sus géneros.

En Madrid se oye á una vendedora de tapetes de hule, que inspira ideas fúnebres.

Un torero de estos reinos decía:

— En oyendo vocear á esa mujer en día de corrida, me estremezco, si bien involuntariamente; porque anuncia el hule con tono tan lastimero, que atemoriza.

Los vendedores de langosta viva, en las calles de Madrid, merecen especial mención.

— ¡Langosta viva, langosta!

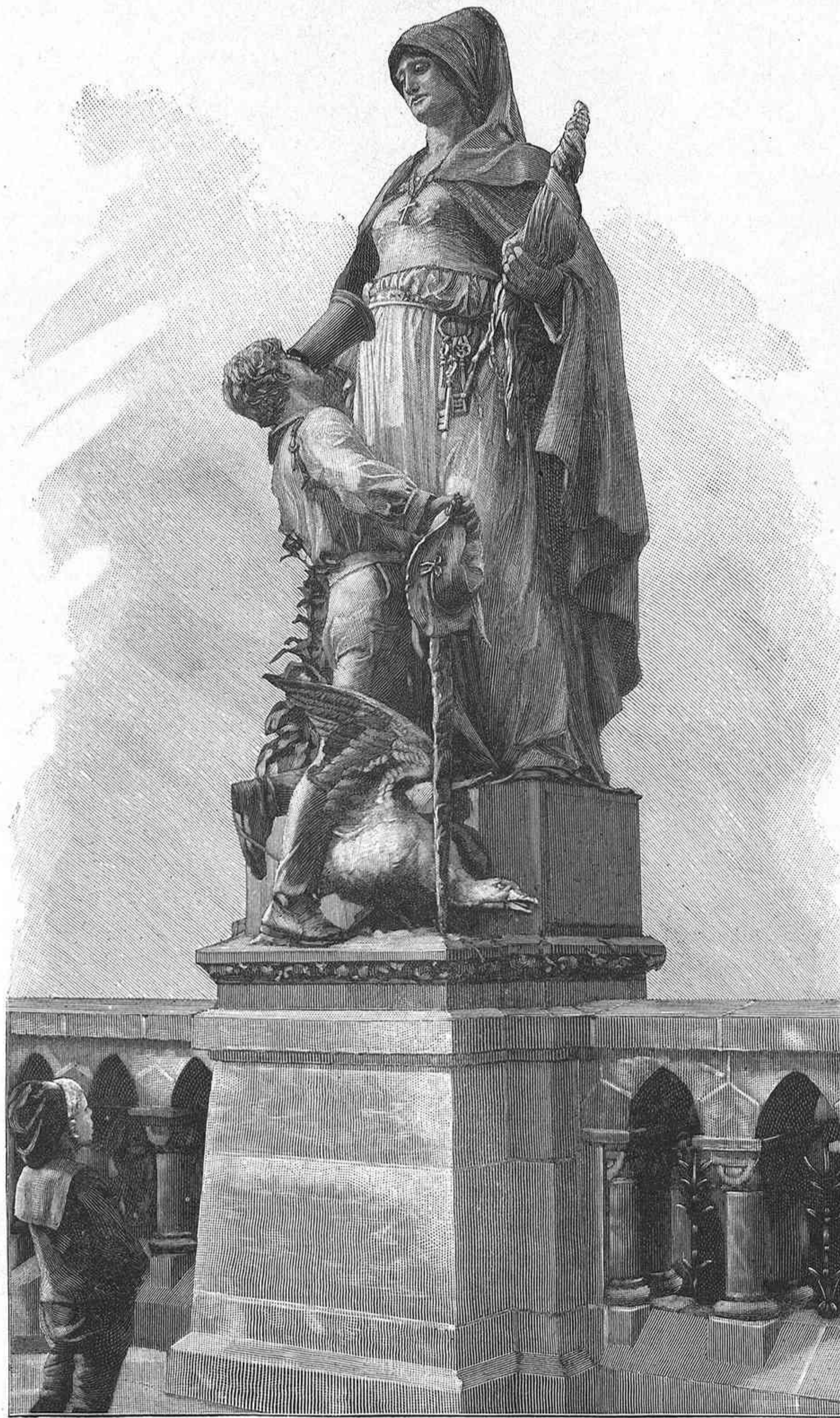
Esta letra nada tiene de particular, ni la música. Pero los vendedores de langosta ambulantes son artistas consumados.

¡Qué acción! ¡Qué majestad en los movimientos propios y en los que imprimen á la langosta que ofrecen para la venta al transeunte!

Como que la ilusión es completa; parece que disfrutan la más cabal salud.

— Mire usted, viva enteramente, repite el «expositor.»

Y el sujeto que ve aquellos movimientos compra aquel cadáver galvanizado; es decir, compra una riña conyugal ocasionada por el marisco putrefacto.



SANTA GERTRUDIS, grupo en bronce de Rodolfo Siemering, erigido en un puente de Berlín

propietario ó propietaria y con interés le suplicaba:

— Si tuviese usted la amabilidad de cantar alguna cosita... He oído su voz, accidentalmente, y es de ángel.

Esto cuando hablaba con alguna señorita ó con individuo que usara voz de tenor pasional.

Si el interpelado poseía voz de bajo, le decía el maestro investigador de facultades artísticas:

— Esa voz es un torrente impetuoso y arrollador.

— Si los conservatorios de música se dedicaran á la busca y captura de jóvenes con voz y figura para la ópera, otro sería el porvenir del arte y de las clases musicales en el mundo. Hay diamantes en bruto, riquezas inmensas menospreciadas.

No hay que añadir que el procedimiento para descubrir artistas le ocasionó varias molestias y aun disgustos serios.

Cuando se divulgó la manía del maestro, le seguían los chiquillos, voceando y aullando como perros que olfatean un cadáver.

Otro maestro, mi amigo, cree que en pocos días

Pero hay otro artista que por su voz, por su aspecto y por su profesión inspira diversidad de opiniones y de afectos, incluso el de la admiración.

El trapero público, marchando silencioso con un mundo encima de prendas y objetos caseros.

De cuando en cuando, la voz de bajo espirituoso que poseen todos los miembros de la corporación pregona:

— ¡Traperoooo!

Basta con esto, que es un poema, para que le entiendan grandes y chicos.

— ¡El traperoooo!

— ¡Cielos! Ahí está ese, murmura algún niño.

¡Qué voz para cantar *Hernani*, *Roberto*, *El Profeta* y otras obras!

Pero vayan ustedes con delicadezas artísticas á un traperero. ¡A él, que conoce las miserias humanas!

EDUARDO DE PALACIO

NUESTROS GRABADOS

La Nochebuena del soltero, dibujo de Vicente Cutanda.—Renegó del matrimonio y no dejó de burlarse de tantos cuantos amigos suyos cargaron con esta para él pesada cruz, con esta voluntaria condena á cadena perpetua, como él la llamaba; divirtiése cuanto pudo, voló de flor en flor sin posarse en ninguna y no tuvieron las niñas casaderas enemigo más encarnizado, ni el santo sacramento adversario más tenaz que ese prototipo del hombre libre, del soltero empedernido. Mas pasaron aquellos alegres días de su juventud: sus compañeros fueron abandonándole poco á poco para entrar en el gremio, á pesar de sus advertencias y de sus sermones; los años comenzaron á dejar sentir sobre él su peso, y las diversiones y placeres en que antes se embriagaba no le produjeron ya más que hastío. Vedle ahora celebrando en aristocrático club la Nochebuena. ¡Cuánta tristeza, cuánto fastidio revelan su semblante y su actitud! Solo con sus pensamientos, ni siquiera tiene un recuerdo para las otras Nochebuenas que pasara en alegres orgías, y si lo tiene es para abominar de ellas. En cambio, surge en su mente la visión de lo que hubiera podido ser para él aquella noche si á su tiempo



D. FEDERICO ERRAZÚRIZ, recientemente elegido presidente de la República de Chile para el período de 1896 á 1901 (de fotografía)

hubiese buscado digna compañera y se hubiese creado un hogar y una familia. Tarde llega el arrepentimiento, y bien puede afirmarse que no será aquella la última Nochebuena en que llorará un presente triste, natural consecuencia de un pasado sobrado alegre, y envidiará á los que un día fueron objeto de sus burlas y hoy se vengan de él atormentándole con el espectáculo de su felicidad.

Cutanda, el renombrado artista cuya firma tantas veces ha honrado nuestras páginas, ha interpretado por modo admirable la situación que nos ha sugerido las anteriores consideraciones, y su dibujo, que figura en la primera página de este número, es la mejor apología que puede hacerse de la vida de familia, de los goces que proporciona á los que en ella entran para consagrarse á ella por entero.

**

Santa Gertrudis, grupo en bronce de Rodolfo Siemering.—En uno de los principales puentes de Berlín se ha colocado recientemente este hermoso grupo escultórico que representa á Santa Gertrudis, patrona de los viandantes, dando de beber á un caminante sediento. La figura de la santa es majestuosa y su rostro respira bondad y ternura; la del viajero es de una naturalidad encantadora, y el conjunto es de un realismo artístico admirable, pues armonízanse en él la verdad y la poesía que toda obra de arte requiere. El escultor Siemering goza en Alemania de reputación tan grande como merecida, y á él se deben, entre otras obras, los importantes monumentos de la Victoria, de Grafe y de Lutero, que se han erigido en Leipzig, en Berlín y en Eisleben respectivamente.

**

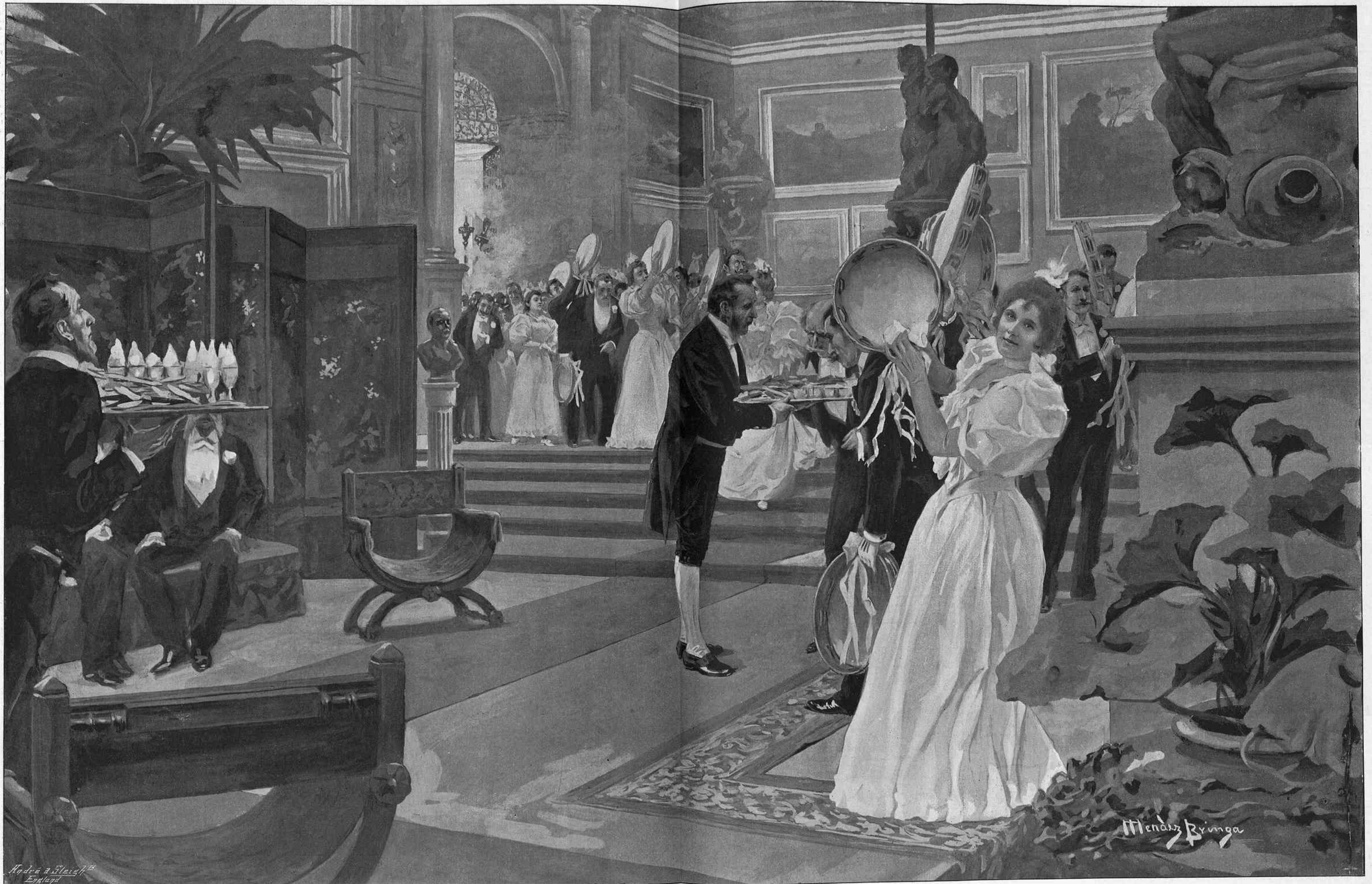
D. Federico Errázuriz, presidente de la República de Chile.—Del periódico *El Ferrocarril*, que se publica en Santiago de Chile, tomamos los siguientes datos biográficos relativos al Sr. Errázuriz, recientemente elegido para ocupar la presidencia de la República Chilena durante el período de 1896 á 1901.

D. Federico Errázuriz y Echaurren es hijo de D. Federico Errázuriz, que fué presidente de la República durante el período de 1871 á 1876, uno de los grandes hombres y de los eminentes estadistas que ha tenido Chile. Nació en Santiago el 16 de noviembre de 1850 y entró en la vida política en 1876, fecha en que fué elegido diputado, habiendo sido desde entonces, y sólo con un pequeño intervalo, reelegido siempr



ISLAS FILIPINAS. — UNA CALLE DE LA CIUDAD DE CAVITE

(De fotografía de D. Félix Laureano)



MADRID. - LA NOCHEBUENA EN LOS SALONES, DIBUJO DE MÉNDEZ BRINGA. (Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

por el mismo distrito hasta 1889 en que lo eligieron senador, cargo que últimamente desempeñaba. El Sr. Errázuriz mantúvose en política en situación más de observador que de actor, hasta que en tiempo del presidente Balmaceda fué nombrado ministro de Guerra y Marina. Durante la presidencia de don Jorge Mont, que acaba de cesar en ella por haber terminado su período legal, desempeñó el ministerio de Justicia. El nuevo presidente de Chile es de carácter afable y bondadoso, servicial y exacto cumplidor de sus palabras y de sus promesas.



El teniente coronel D. FRANCISCO CIRUJEDA, jefe de la columna que libró el combate de Punta Brava, en el que murió el cabecilla Antonio Maceo

El teniente coronel D. Francisco Cirujeda.—La explosión de entusiasmo que produjo en toda España el resultado del combate de Punta Brava demuestra la importancia y trascendencia de aquella acción, y esta importancia, á su vez, legitima las felicitaciones que de todas partes se han dirigido al entonces comandante Cirujeda y las distinciones y honores que tanto á él como á su familia residente en Madrid se han dispensado. No hemos de dar detalles de aquella batalla en que murió con otros muchos de los suyos el cabecilla Antonio Maceo; ya los ha dado la prensa de todo el mundo admirando el heroísmo de los cuatrocientos setenta y nueve hombres que formaban la columna y que á pecho descubierto lucharon contra más de tres mil insurrectos perfectamente parapetados y les hicieron sufrir la más tremenda derrota. Este hecho por sí solo, aun prescindiendo de la trascendencia que tuvo por la muerte del famoso cabecilla, merece todos los elogios que se han dedicado á aquel puñado de héroes y á su ilustre jefe y abona todo cuanto en honor y en recompensa de los mismos se haga.

D. Francisco Cirujeda nació en Mogente (Valencia) en 10 de julio de 1852; huérfano desde muy niño, fué recogido por su tío D. José Cirujeda, en aquella sazón establecido en Játiva, y allí estudió el bachillerato. Cursó más tarde la carrera de Farmacia en Valencia, terminándola en Madrid. En 1873, la llamada quinta de Castelar llevóle al ejército, siendo incorporado primero á un regimiento montado de artillería y después á una brigada sanitaria. En 1875, á petición del general Martínez Campos, pasó á Cataluña, entrando en seguida en operaciones contra los carlistas y distinguiéndose tanto en toda aquella difícil campaña, que fué nombrado alférez de Milicias y después de infantería. Destinado al ejército del Norte,



El capitán de artillería D. SEVERO GÓMEZ NUÑEZ (de fotografía de J. A. Suárez y Compañía, de la Habana)

tomó parte en las principales acciones y fué de los primeros que entraron en Bilbao. Nombrado teniente en 1876, marchó á Cuba el mismo año con el grado de capitán y entró en operaciones el 3 de enero de 1877 al frente de la guerrilla de su batallón: en el combate de Sabanto de Osaba fué gravemente herido, siéndole entonces conferido el grado de capitán. Una vez restablecido y después de haber prestado en la Habana servicios especiales, regresó á la península y fué nombrado profesor del Colegio de Huérfanos de Guadalajara. En febrero de 1882 pasó á Filipinas en donde permaneció dos años, transcurridos los cuales volvió á España, desempeñando varios cargos, entre ellos el de profesor de la Academia de alumnos de infantería. En los siguientes años, hasta el 1888, perteneció nuevamente al ejército de Filipinas y fué ascendido á comandante en 1894: en 1895 se le destinó al batallón de cazadores de Arapiles, y habiendo tocado en suerte á éste pasar á Cuba, el Sr. Cirujeda pidió y obtuvo el ser destinado á la isla. Llegado allí, pasó á Pinar del Río y al frente de una columna compuesta de fuerzas de San Quintín y de guerrilleros de Punta Brava y de Peral prestó servicio en la trocha. Últimamente, desde el día 1.º de diciembre hasta el 7 en que ocurrió el hecho de Punta Brava, aquella columna no cesó un punto de pe-

lear, haciendo marchas penosísimas con el agua hasta las rodillas, sin dormir apenas y casi sin comer.

El Sr. Cirujeda ha sido ascendido á teniente coronel por la propuesta que tenía pendiente con motivo de otro hecho de armas; por la acción de Punta Brava se le concederá el ascenso á coronel, y con arreglo al reglamento para la concesión de la cruz laureada de San Fernando, le será también concedida, según se asegura, esta ambicionada condecoración. S. M. la Reina le ha felicitado calurosamente y se ha encargado de costear la carrera militar á su hijo mayor; sus compañeros del Centro del Ejército y de la Armada le regalarán un magnífico bastón de mando, y multitud de sociedades y corporaciones se disponen á enviarle magníficas espadas de honor.

Todo esto merece el Sr. Cirujeda por haber con su heroico comportamiento atajado el paso al cabecilla Maceo cuando éste, después de haber cruzado la trocha, se apercibía de fijo á llevar á cima alguna atrevida empresa que hubiera podido ser de tristes consecuencias para nuestra patria.

También merecen ser y serán seguramente recompensados todos los que á sus órdenes lucharon con temerario arrojo en aquel memorable combate.

La guerra de Cuba. D. Severo Gómez Núñez. D. Ruperto Salamero y Yepes.—El capitán de artillería D. Severo Gómez Núñez es director del *Diario del Ejército* y autor de varias notables obras, entre ellas una sobre el bandolerismo en Cuba y otra de geografía cubana. Se ha distinguido siempre por sus profundos estudios sobre el arma á que pertenece y ha desempeñado varias é importantes comisiones para asuntos de la misma en los Estados Unidos y por cuenta del Estado. Es, en suma, uno de los más ilustrados oficiales de artillería que en Cuba se encuentran actualmente, y honra del brillante cuerpo en que con entusiasmo sirve.

El coronel D. Ruperto Salamero y Yepes está en la actualidad encargado del mando en jefe de la media brigada de Ca-



El coronel D. RUPERTO SALAMERO Y YEPES (de fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

yajabo. Se ha distinguido mucho en toda la campaña, habiendo visto premiados sus servicios con la cruz de tercera clase del Mérito Militar pensionada, y estando, además, propuesto para nueva recompensa por méritos de guerra.

Las fotografías de donde hemos reproducido estos retratos nos han sido remitidas, la del primero por los Sres. J. A. Suárez y Compañía, y la del segundo por los Sres. Otero y Colominas, ambos de la Habana.

Islas Filipinas. Una calle de Cavite.—La ciudad de Cavite es capital de la provincia del mismo nombre, uno de los principales centros de la actual insurrección filipina, plaza fuerte, arsenal y apostadero de la marina de guerra y residencia de la primera autoridad ó comandante general de Marina. Es una ciudad sumamente alegre y de carácter muy europeo. Entre sus principales edificios sobresalen la Casa Real, varias iglesias, los conventos de Dominicos y Agustinos descalzos, el Hospital de San Juan de Dios, la ciudadela, el arsenal y la fábrica de tabacos. La población, como todas las del archipiélago, ofrece un aspecto pintoresco, del que puede dar idea la vista que reproducimos tomada de una fotografía de D. Félix Laureano.

Un maestro de minué, dibujo del Sr. Gili y Roig.—Este dibujante, que se ha distinguido en la ilustración de varios libros, nos ofrece en el dibujo que hoy publicamos gallarda muestra de sus dotes para el cultivo del arte serio: la figura del maestro de minué tiene todo el sabor de la época y está trazada con un vigor y seguridad dignos del mayor encomio.

La oración de Nochebuena, cuadro de Alfonso Marx.—Tiene este cuadro todos los elementos que han de reunir las pinturas religiosas; admirablemente sentido y ejecutado dentro de ese realismo que hoy se impone aun en las obras de carácter místico y que el pintor Marx ha sabido combinar acertadamente con la ideal figura del ángel, despierta en nosotros la dulce emoción que el autor se ha propuesto producir y traduce perfectamente los versos de Víctor Hugo, en los cuales está inspirado: «Cuando ora, un ángel está de pie á su lado acariciando con las plumas de su ala sus cabellos.»

El sueño de Jesús, cuadro de Carlos León Godeby.—El asunto será todo lo gastado que se quiera, pero resulta siempre simpático: el grupo de la Virgen María y del Niño Jesús, esas dos figuras eminentemente poéticas en su carácter humano y de sublime grandeza en su condición divina, atraerán en todos los tiempos al artista que sienta hondo y le inspirarán obras que, como la de Godeby, premiada con mención honorífica en el último Salón de los Campos Elíseos de París, causarán impresión gratísima en cuantos los contemplan.

Dibujo del retrato de Mr. Bryan transmitido telegráficamente.—No hace mucho el *New York Journal* publicó algunos dibujos que le habían sido comunicados por medio de los alambres telegráficos, merced á un nuevo invento de Edison quien en unión de Patrick Kenny ha conseguido, después de varios meses de trabajo, construir dos máquinas que permiten transmitir á grandes distancias y por medio del telégrafo los dibujos con la misma rapidez y exactitud con que hace tiempo se transmiten las palabras. En las pruebas hasta ahora verificadas se ha demostrado que con el aparato Edison los dibujos resultan exactísimos siendo la distancia de 500 millas, y bastante exactos si aquella es de 1000 millas. Las máquinas de ensayo están calculadas para la medida de 5 x 3 pulgadas inglesas, pero el inventor cree poder reducir el aparato á dimensiones tan pequeñas que pueda ser llevado en el bolsillo y aplicado á cualquiera instalación telegráfica.



Dibujo del retrato de MR. BRYAN, transmitido telegráficamente por medio del aparato inventado por Edison y Kenny

La transmisión de dibujos por el telégrafo se verifica automáticamente del siguiente modo: el dibujante traza sobre un papel suave y con rasgos firmes el dibujo marcando los perfiles con líneas cortadas, y la hoja así dibujada se arrolla en un pequeño cilindro que está situado en el extremo de la máquina en la estación expedidora. Basta entonces oprimir un botón y empieza la transmisión automática por la corriente eléctrica. El cilindro al cual está arrollado el dibujo original gira lentamente y una aguja de metal va recorriendo todo el papel: cada vez que esta aguja toca una de las líneas profundamente marcadas del dibujo, se hunde en ella y en el mismo momento en la estación receptora una aguja análoga oprime el papel preparado con una disolución muy sensible, que está arrollado á su vez á otro cilindro rotatorio de la máquina en aquella estación instalada.

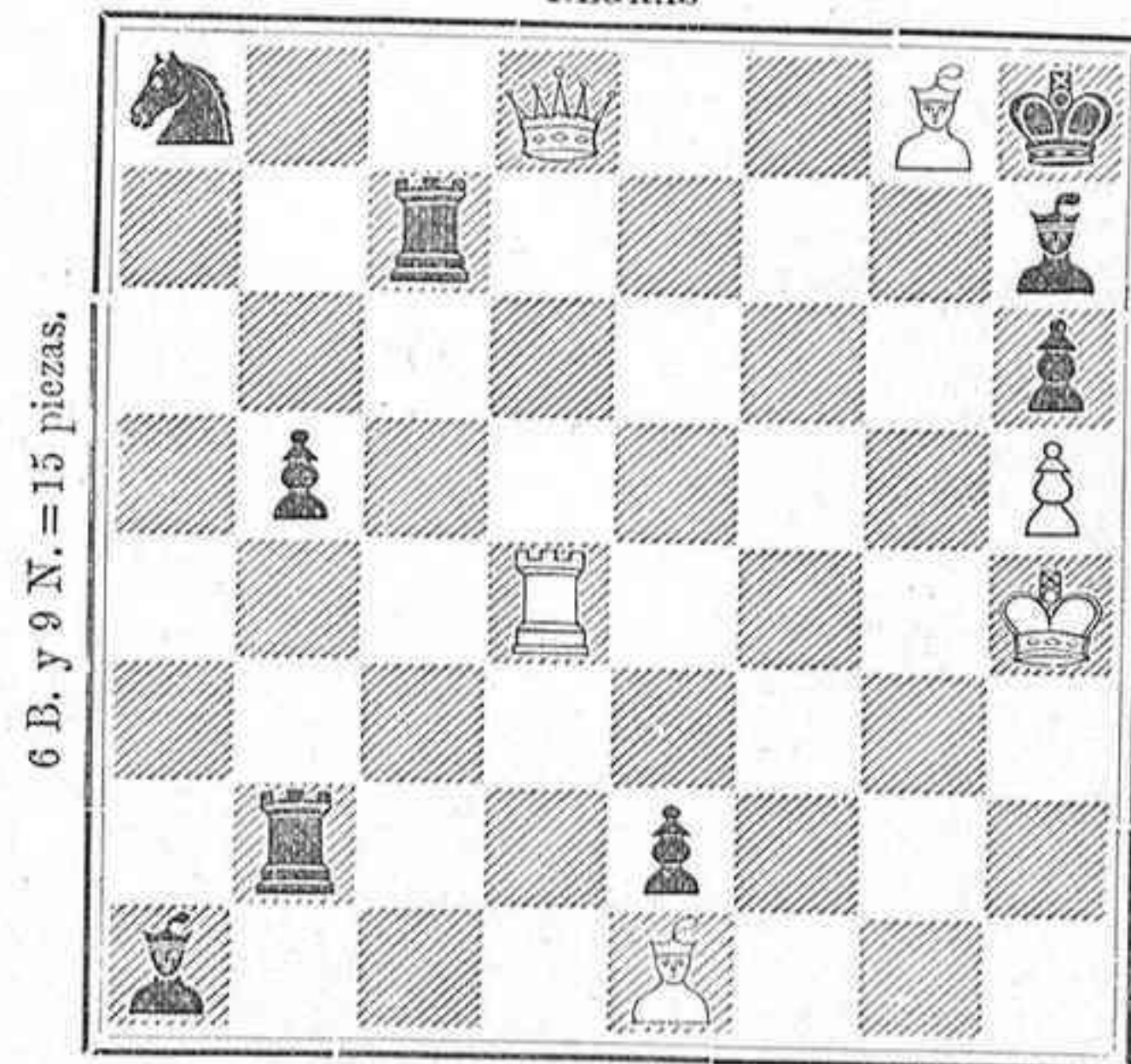
Para comprender la rapidez con que la operación se efectúa, bastará decir que el dibujo que reproducimos fué transmitido en cuatro minutos.

Al perfeccionamiento definitivo del aparato ha contribuido tanto como Edison su compañero Patrick Kenny, el cual, sin embargo, no pretende ser inventor de aquél, sino simplemente perfeccionador del modelo de Cassella, quien pensaba obtener la transmisión por medio del péndulo. Esto no obstante, la patente del invento está á nombre de Edison: éste proyecta ponerlo á la venta á principios del año próximo, pero antes quiere probar la eficacia del instrumento á la distancia que separa á Nueva York de San Francisco.

Este instrumento, que á no dudarlo será todavía perfeccionado, está llamado á prestar grandes servicios á los diarios cuya rápida información noticiara podrá tener el mayor atractivo de ir acompañada de la igualmente rápida información gráfica que reproducirá con exactitud retratos y vistas complementarias de aquella.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 50, POR J. TOLOSA Y CARRERAS



6 B. y 9 N. = 15 piezas.

BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 49, POR V. MARÍN

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T 5 TR | 1. A 2 CR (*) |
| 2. T 5 TD | 2. Cualquiera. |
| 3. T 8 TD mate. | |

(*) Si las negras juegan de otra manera, la solución es: 2. T 5 AR, y 3. A mate.

EL PARAGUAS

¡A cualquier hora iba el coronel á consentir que su hija, aquel capullo de esposo de María Bárbara Cienfuegos y Pun!

Antes que tal consentir el coronel Cienfuegos se hubiera dejado fusilar. ¡Mil bombas! ¡Pues no faltaba otra cosa! Casarla á ella, ¡á ella!, con un mequetrefe sin músculos, sin talla, miope por añadidura, afeminado y raquítico; con un tipejo que ni siquiera aguantaba diez horas á caballo, que no podía soportar sin fatiga la marcha menos forzada y que, ¡quién sabe!, hasta puede que llevara algodones en las levitas como las mujeres; con uno que, sustrayéndose al más ineludible de los deberes, tuvo la avilantez de redimirse del servicio militar, ¡por el dinero! para mayor infamia.

Tal era, sobre poco más ó menos, el modo de pensar del bizarro coronel.

La muchacha, en cambio, no sólo continuaba sus relaciones con Pepe, abogado que no ejercía esta profesión por dedicarse á la más cómoda de propietario, sino que quería á Pepito.

Por esta razón, y la que aún era más poderosa, por el genio y el modo de ser de su padre, Mariíta vivía en un continuo sobresalto. Sus relaciones con Pepe, ya había dicho el coronel que eran una operación muy arriesgada, y ¡ay del enemigo, si el militar caía sobre él, porque copaba en un momento la columna... vertebral del candidato á yerno!

El muchacho intentó en cierta ocasión parlamentar con el Sr. Cienfuegos; pero éste no accedió, obligando al joven á salir de su casa á tambor batiente.

María y Pepe necesitaron buscar un aliado para proteger sus amoríos, y la madre de aquella fué la que alguna vez apagó los fuegos de su esposo. En la casa hubo algunos disgustillos; pero los chicos continuaron amándose en silencio, muy en silencio para que no lo oyese el coronel.

* *

María, por su parte, empleó todas sus zalamerías habilidades para distraer á los subalternos de su padre.

La situación no era para menos, porque aquello ya no era casa, era una plaza fuerte. El coronel había formado á ordenanzas, asistentes, doncellas y hasta á la cocinera, y aunque no les había leído los artículos del Código militar, les había dado las más severas órdenes. Sólo que los dependientes del coronel, aun dada su organización militar - dada por Cienfuegos, - se permitían rendirse alguna que otra vez á discreción ante una sonrisa de la niña mimada de la casa y faltaban á la consigna recibida.

Por orden del señorito, comandante en jefe de aquella mansión, se pusieron candados en algunas ventanas, se cerraron cuidadosamente bastantes fallebas y se prohibió en absoluto dejar que circulase correspondencia alguna entre María y su novio. *Item más*, se suprimió algo el visiteo, se dejó de ir al teatro y de dar reuniones de confianza, y en suma, se proclamó con todas sus consecuencias la ley marcial.

Sin embargo, á pesar del estado de guerra, la plaza, sitiada y todo, recibía noticias del exterior. Pepe no rebasó jamás las líneas enemigas, ni mucho menos entró en fuego con quien llevaba un ciento de ellos sólo en su apellido; pero esquivando todo encuentro, estuvo al corriente de cuanto pasaba, tratando ya de aliarse con su padre, digno competidor por cierto, en cuanto al carácter, del bizarro ascendiente de su María.

Ésta, más cariñosa que nunca y sometida en la apariencia á los paternos mandatos, empleó la sugestión de que están dotadas todas las muchachas para con sus padres. El coronel no cedía, y ella, harto sabedora de aquello, procuró no hablarle más del asunto.

* *

Cierta mañana el coronel, exacto cumplidor de todas sus ordenanzas, salió como de costumbre de su casa á las once. Al llegar á la calle, una interjección muy habitual en él se escapó de sus labios.

Estaba lloviendo, ¡voto á un escuadrón de húsares!, y era necesario volver á subir á su habitación, al maldito piso segundo en que vivía. No, mil veces; se hizo la ilusión de que llevaba puesto el uniforme y el impermeable de regla-

mento, y á trueque de estropearse la flamante levita se marchó á la capitania general.

Alquilar un carruaje era ridículo para quien como él se había calado hasta los huesos en el Norte y en Filipinas; llevar el paraguas era aún más indigno.

«¿Habrás visto chisme más inútil que el estúpido del paraguas?» vociferaba el coronel en el patio de la capitania, ante un corro de compañeros suyos.

Cuando á eso de las cuatro salió Cienfuegos de la oficina, ya no llovía. Fué á su casa, comió con mejor apetito y peor humor que nunca, y no observó que María estaba tristonja y preocupada.

El militar no salió hasta las nueve de la noche, para dirigirse á jugar su habitual partida de *bezigue* en casa del general Fernández.

Al poner el pie en la acera, observó el coronel que empezaba á llover con fuerza; no se arredró por esto y echó á andar de prisa, sin alquilar el coche que estaba parado á la puerta de su casa. Al llegar á la esquina, ya no llovía, diluviaba. Cienfuegos vaciló, é hizo una

retirada en toda regla; volvió á su casa por el paraguas, «¡el chisme más inútil y estúpido que había conocido!» no por él, sino por evitar que tuviera que andar á golpes con algún transeunte que se le riese en sus bigotes, al ver los pelos de la chistera despeinados y lacios.

De dos en dos y echando vena por la boca subía el coronel la escalera, cuando vió en uno de los descansillos á un sujeto que le volvió la espalda. Si-

guió *ascendiendo* el coronel, y á los pocos pasos encontróse de manos á boca con su hija, la propia María Bárbara, que con un saquito de viaje se disponía á volar del nido de sus padres.

El coronel cogió el paraguas, y... estuvo á punto de romperlo sobre las

costillas de su hija. Hubo casi, casi, consejo sumárisimo de guerra, pero María tuvo por *defensor* á su madre.

* *

El coronel Cienfuegos, el hombre á quien nada le ha asustado en el mundo, excepto el que su honor ó el de su familia ande en lenguas, no ha olvidado todavía el servicio inmenso que le prestó su paraguas, que resultó á la postre el más fiel de sus centinelas.

María y Pepe son ya felices; porque al fin el padre de aquella se convenció de que era peor imponerse tiránicamente con grave riesgo de su nombre, y que nada podía tanto como la constancia y las estratagemas de un enemigo tan traicionero como el amor. Sólo que él, el coronel, se equivocó en dos cosas, á pesar de su gran táctica: pensó que Pepito no convenía á su hija y resultaron ambos dos cónyuges dichosos.

Y llamó inútil y estúpido al paraguas, y sin él la niña mimada le hubiera dado un escándalo mayúsculo, que se evitó sin que nadie se enterase.

¡Que le vayan al que ahora es general Cienfuegos á hablar mal del paraguas, y verán cómo les da, si puede, con uno de ellos en la cabeza!

P. GÓMEZ CANDELA

CEREBRO ARTIFICIAL

Villiers de L'Isle-Adam tuvo la ocurrencia de que se podía hacer una mujer eléctrica, construída y animada por hábil mecánico. Un sabio americano, que pertenece evidentemente á la corporación de los enajenados, presenta por medio de la prensa una proposición tentadora á los ciudadanos de los Estados Unidos. Este personaje, llamado Huntley, recuerda que la ciencia ha llegado á preparar conservas de carne en las cuales no entraba para nada la carne, vino sin uvas, frutas y legumbres artificiales, azúcar con las sustancias más extrañas, y ha llegado á imitar el perfume de las flores. Ya eso es

algo; pero todavía muy poca cosa comparado con lo que hace M. Huntley.

Este señor ofrece componer, con elementos y combinaciones químicas, un cerebro humano perfecto y capaz de funcionar. Exige que un americano de buena voluntad se deje quitar la masa de su cerebro natural, para llenar después el cráneo con el producto de la fabricación Huntley, garantizando que el paciente pensará, vivirá y obrará lo mismo que antes. Las personas que quisieren probar el experimento pueden pedir informes suplementarios.



UN MAESTRO DE MINUÉ, dibujo á la pluma de Baldomero Gili y Roig

JUANÍN

Juan José Antonio se llamaba, era inclusero y se escapó del hospicio cuando aún no había cumplido doce años. Nunca conoció á su madre ni tuvo capricho por saber el nombre del padre que le engendró; sabía, por lo que sus compañeros de infortunio le habían dicho, que una madrugada de diciembre fué encontrado en el torno de la Inclusa, envuelto en unos pañales muy limpios: alrededor de la cintura tenía una fajita de seda y entre los pliegues de ésta un papelito doblado, en el cual una mano de mujer había escrito: «*Quiero que este niño se llame Juan José.*» Aquella rica fajita, que podía indicar un origen aristocrático, constituyó la única vanidad de Juanín.

Tardó mucho en aprender á leer mal, y en cuanto á escribir, se quedó en palotes, pues aunque tenía inteligencia despierta, osadía y voluntad, era más perezoso que un musulmán y más soñador que un morfinómano.

Desde muy chiquitín manifestó aficiones de hombre acostumbrado á los regalos de la buena vida: en invierno, durante las horas de recreo, ó por las tardes, cuando el frío apretaba mucho, procuraba sustraerse á la vigilancia de los inspectores ó á la pegajosa y molesta amistad de sus compañeros, para esconderse en la portería. Allí, departiendo amistosamente con el portero, un viejecillo anquilosado que había nacido poco después de la batalla de Bailén y que le quería mucho, se pasaba el tiempo con la gorrilla tan echada sobre la cara, que la visera le descansaba sobre la nariz, las manos metidas en los bolsillos del recio pantalón de paño, y los pies, calzados con fuertes botas de cuero blanco, casi dentro del brasero, como si fuese un viejo reumático que necesitase del fuego para espantar los achaques y vivir: algunas veces sacaba un cigarrillo y se ponía á fumar, y la gravedad con que parecía adormecerse en el humo que echaba por las narices, prestaba nuevo realce á aquella interesante figura de hombrecillo recordado.

Entonces tenía diez años: era bajito, pero recio de complexión; caminaba avanzando siempre más la pierna izquierda que la derecha, lo cual imprimía á su continente un sello singular de aplomo; tenía la frente alta, la nariz gruesa, la boca grande, el rostro expresivo y la cabeza muy levantada, como de persona acostumbrada á mandar. Un antropólogo hubiera creído descubrir en él á uno de esos seres viciosos, pero enteros, fruto de un amor ardiente.

A los doce años se inició en Juanín el deseo de ver mundo; la portería, los vastos salones, el jardín y los oscuros pasadizos del hospicio le aburrían;

quería salir de allí, ver otro cielo, otras caras, otras escenas, y lo quiso con aquella voluntad resuelta que ya chispeaba en sus enérgicos ojos de hombre formado.

Juanín no sabía que el mundo es redondo, ni que tras las montañas que limitan el horizonte visible hay

dad le enseñó á ser ingenioso y á aprovecharse de las migas que tiran los que están comiendo. Se acercaba á los puntos de coches, y los cocheros, á quienes interesaba con su desparpajo, le daban pan, tabaco y hasta café; cuando tenía ganas de trabajar vendía periódicos ó aleluyas ó recogía colillas, y en

cuanto ganaba tres ó cuatro reales volvía á su existencia vagabunda, recorriendo calles sin objeto fijo, deleitándose con el ruidito que en los bolsillos de su pantalón producían las monedas de cobre recién ganadas.

A pesar de sus catorce años, sus pensamientos no se dilataban más allá de aquel mundo que le era familiar: creía que el cielo descansaba sobre la tierra, y lo tenía comparado á esas alambreras que se ponen sobre los platos de dulces para preservarlos de los ataques de las moscas; las estrellas eran moscones luminosos que revoloteaban fuera de aquella enorme alambra cuyo color variaba según el tiempo y la hora, y que no podían entrar. Tal era el sistema astronómico inventado por Juanín.

Aquí abajo, en el Madrid encerrado bajo la gran alambra azul de los hermosos días de junio, sólo le preocupaban el escaso dinerillo que le proporcionaba el pan con chorizo, la copa de vino y el tabaco diarios, y el amor de *la Ojitos*, una rapaza que vendía periódicos y recogía colillas como él. La conoció una noche de verano en la puerta de un teatro; ella estaba con dos ó tres granujillas desarrapadas; era regordeta, con ojos de niña precoz. Juanín se le acercó.

—¿Cómo te llamas?, dijo:

—*La Ojitos.*

—Eres muy guapa; ¿me quieres por novio?... Yo me llamo Juan José.

Ella le miró un instante de pies á cabe-

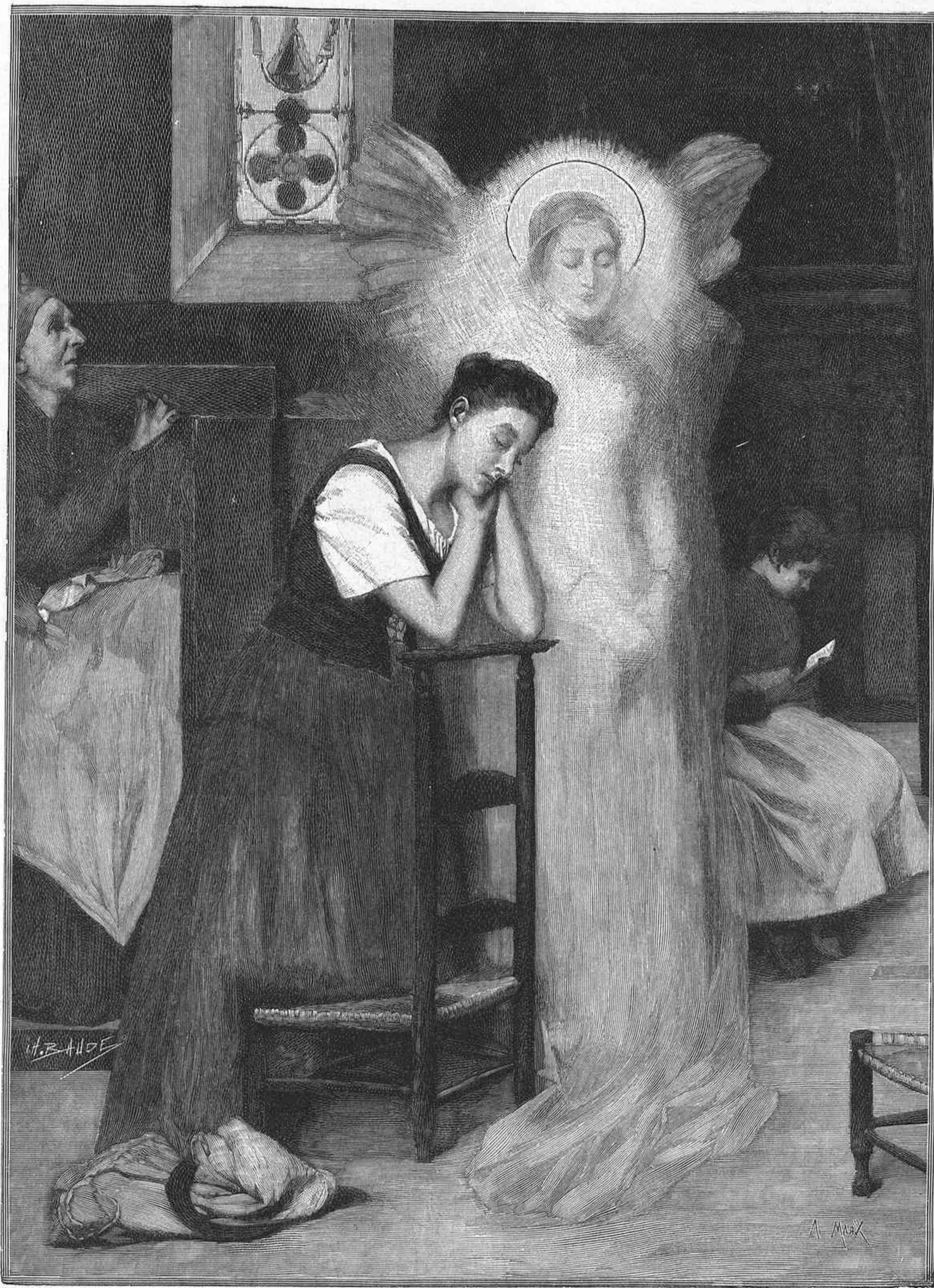
za y se echó á reír; entonces Juanín le enlazó un brazo por la cintura y *la Ojitos* se dejó llevar. Ninguno de los dos creía que los recién nacidos viniesen de París, y aquella noche, pasada en las inmediaciones del Jardín Botánico al aire libre, bajo un cielo cuajado de moscones luminosos, fué su primera noche de novios.

Juanín quedó encantado; al fin tenía una persona que le amase, y las caricias de *la Ojitos* mitigaron su sed de cariño; en ella encontró blanduras de madre, halagos de amante y confianzas de amigo. En las noches crudas del invierno Juanín no consentía que ella trabajase.

«Venderé yo solo, contra! — decía; — en menos de una hora me atrevo á sacar el jornal; tú tienes la voz muy bonita y no quiero que te la estropees.»

Y con tal de que ella le durmiese después canturreando malagueñas al oído, Juanín trabajaba con el ahinco de un hombre juicioso cargado de familia.

Así vivía Juanín cuando cumplió los quince años: insensiblemente supo que más allá de Madrid hay



LA ORACIÓN DE NOCHEBUENA, cuadro de Alfonso Marx (Salón de los Campos Eliseos de París. 1896)

otras montañas y llanuras y mares sin fin: su mundo se reducía á Madrid, á sus calles, á los alrededores por donde le habían llevado de paseo y en formación algunos domingos; aquel mundo le atraía con extraños magnetismos, le llamaba con voces misteriosas, le seducía con endemoniados espejismos, y Madrid fué para él lo que antes el brasero en las tardes de invierno, una necesidad. Y como en un cuerpecito tan pequeño como el suyo la voluntad que manda y la inteligencia que concibe deben de estar muy juntas, el hecho siguió inmediatamente al dicho, y una noche se escapó del hospicio y echó á andar por la calle Fuencarral en dirección á la Puerta del Sol, suavemente empujado por el viento que le azotaba la espalda.

Desde entonces esa fuerza bienhechora que protege á los pajarillos del campo fué la que veló por la vida de Juanín.

Comía lo que encontraba, y allí donde la noche le sorprendía allí se echaba á dormir con el sosiego de un justo, esperando un nuevo amanecer. La necesi-

otras ciudades semejantes á la que él conocía, que todas están enclavadas en un pedazo de tierra que se llama España, y que lo mismo los andaluces que los gallegos, los vizcaínos que los catalanes, son españoles: los que vivían fuera de ese pedazo de tierra eran extranjeros; y así empezó á germinar en su cerebro la idea de patria.

Al fin se convenció de que podía ser madrileño y español al mismo tiempo, pero siguió amando á Madrid sobre todas las cosas. Abandonado por sus padres á los pocos días de nacido, sin haber oído hablar de ese Dios con aspecto de anciano cariñoso que protege la inocencia de los niños buenos, creció entregado á su albedrío, sin más ley que sus antojos. Madrid, aquel padre que nunca echaba los cordones á la bolsa de sus bondades, constituía su familia y su cuna, y por eso le quiso con arrebatos de hijo apasionado y de creyente fervoroso. España era la madre de todos los españoles, pero Madrid era el cerebro, el alma, el corazón de aquella madre. ¡Ay del que tocase á Madrid; ay del que derramase la sangre de aquella madre España, tan pródiga en mercedes!

Un día supo Juanín que en Cuba, una tierra situada tras los mares, un ejército salvaje compuesto de negros y de foragidos había declarado la guerra á España.

Aquella noticia le llenó de espanto; después, cuando empezó á leer los partes publicados en los periódicos, la indignación sustituyó al miedo: los papeles referían escenas espantosas; incendios, asesinatos, emboscadas, violaciones, crímenes de todo género. Algunos detalles eran tan repugnantes que á Juanín le ahogaba la cólera, y tenía que reponerse un poco para seguir leyendo; *le Ojitos*, sentada de

lante de él, le oía sin pestañear, con la boca entreabierta; y luego se ponían á hacer los más sabrosos comentarios, porque su ignorancia supina daba á sus conversaciones una encantadora novedad.

— Sobre Cuba descansa el cielo, decía Juanín, y claro es que si los insurrectos tienen la idea de ponerse á gatear alambreira arriba pueden colocarse encima de Madrid, y *aluego* con dejarse caer á plomo, pues, ya ves, los teníamos en casa.

Lo referido por los periódicos, la salida de tropas, el interés del público que esperaba ansioso la llegada de los telegramas para conocer el resultado de los combates anunciados, aquel ardor bélico que conmovía á todas las clases de la sociedad madrileña, inflamó el pecho de Juanín. Él también quería defender á España matando insurrectos; lo creía un compromiso de honor, un deber de hijo agradecido. ¿Qué era necesario hacer para ello? ¿Ponerse el traje de rayadillo y aprender á llevar el paso y á manejar el fusil? Pues eso se conseguía teniendo, como él tenía, buenos brazos y mucho corazón.

— No llores, *Ojitos*, decía Juan José la mañana en que se alistó de voluntario; es cierto que muchos se quedan por allá, pero ¡qué contra!., otros vuelven y hay que pensar en ser de los últimos. Ya verás, he de venir con *la mar* de entorchados y de cruces, y muy rico. ¡Contra!., quiero darte buena vida y verte

de unos trescientos hombres, iba el coronel á caballo y á su lado Juanín. De pronto, los soldados que marchaban á la vanguardia retrocedieron, sonaron algunos tiros y la gente se detuvo. A un lado del camino y entre un vasto palmar apareció el enemigo. Entre los bravos de Llerena, bisoños que aún no estaban acostumbrados al olor de la pólvora, circuló una corriente de ansiedad; algunos pensaron en Dios, los que tenían madre se acordaron de ella; la muerte les salía al paso y el momento era solemne.

Juanín clavó en los insurrectos una mirada de niño curioso; casi todos eran negros; pero aparte del color y de la repugnante fealdad de algunos, vió con sorpresa que eran hombres como los demás. Pero ¡contra!., ¡cuántos, cuántísimos eran, si pasaban de mil!.. Y echó de menos su navaja y la honda que *la Ojitos* le regaló para reñir con los granujillas de Chamberí; aquellas armas le inspiraban más confianza que su Maüsser.

La caballería insurrecta se arrojó con tal ímpetu sobre la columna, que ésta no tuvo tiempo de formar el cuadro; al principio hubo algunas descargas de fusilería, después estrecháronse las distancias y empezó una lucha desesperada, cuerpo á cuerpo; el combate de uno contra diez, del valor temerario contra la fuerza irresistible del número. Todos eran muchachos reclutados en el último sorteo, pero se batían con ese ardor indomable que el sol de España infunde en la sangre de sus hijos.

— ¡Viva España, viva Llerena!, gritaban los nuestros.

— ¡Arriba con ellos, respondía el enemigo, que son pocos!

Juanín se batía como un leoncillo en una cuneta del camino: un fognazo le había ennegrecido la cara, un rival á quien

acababa de tender á sus pies le desgarró la camisa; estaba lleno de polvo, salpicado de sangre, con el pecho descubierto, como desafiando las balas enemigas; era la suya una figura épica que crecía conforme arreciaba el furor de la pelea.

El coronel, que había perdido el caballo y que luchaba en otro grupo, creyó que la derrota era inevitable y quiso ordenar la retirada.

— ¡Toca retirada, Juanín, gritó; anda, hijo mío!

Juan José le oyó y volvió la inteligente cabeza: entonces recordó que la corneta, la única voz capaz de dominar el fragor del combate, iba con él, y se la llevó convulsivamente á los labios, mandando cargar á la bayoneta.

— ¡No, Juan, no, que nos pierdes!, gritaba el coronel creyendo que su subordinado no le había comprendido; pero éste seguía impávido, lanzando al aire el terrible toque.

La orden fué inmediatamente obedecida y los de Llerena cargaron desesperadamente, poniendo en aquel supremo esfuerzo su última esperanza. Al fren-



EL SUEÑO DE JESÚS, cuadro de Carlos León Godeby. (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

vestida de señora... y muy pronto lo veremos logrado. Se despidieron en la estación del Norte; al darse el último abrazo, *la Ojitos* se echó á llorar.

— Que escribas, Juanín, dijo.

A Juan José también se le saltaron las lágrimas. — Así lo haré, pitusa, y haz que te lean los periódicos, porque ya sabes que si voy á Cuba es *pa* que los papeles se ocupen de mí. ¡Contra, adiós!., que las mujeres sois capaces de ablandar á los cantos de la calle.

Se oyó un silbido y la máquina arrastró los coches tras sí; el grito de ¡viva España!, frenético, atronador, resonó por todas partes; los expedicionarios, asomados á las ventanillas, agitaban sus pañuelos.

¡Hale!., allí iban todos y entre ellos Juanín, alistado como corneta en uno de los batallones del regimiento cazadores de Llerena.

No tardó Juanín en recibir su bautismo de sangre. Llevaban nueve horas de marcha bajo los rayos de un sol de fuego. Delante de la columna, compuesta

te de todos, con la bayoneta en una mano y tocando siempre, marchaba Juan José, el pobre inclusero, dando vivas á España, resuelto á morir por la gloria de una patria que no conocía, por una sociedad que no le dió apellido ninguno.

El atrevimiento del joven corneta decidió el éxito de la acción, el enemigo huyó á la desbandada; pero Juanín no pudo gozar de la victoria, pues al volverse para recibir el abrazo de su coronel que le llamaba, cayó muerto, herido de un balazo en la frente.

Cuando el telégrafo llevó á la península la noticia del heroico comportamiento del corneta, *la Ojitos* recibió en el alma el tiro que horas antes recibió su amado en la frente. Ya se lo había dicho él: «Si voy á Cuba es pa que los papeles se ocupen de mí;» y aunque el dolor la ahogaba, quiso contribuir á la gloria del pobre muerto vendiendo el periódico que con más extensión publicaba la triste noticia.

— ¡*El Herald* de ahora!, gritaba *la Ojitos* con la voz empañada por las lágrimas; ¡*El Herald*, con la muerte del bravo corneta de cazadores de Llerena Juan José Antonioli.

Y cuando pronunciaba este nombre, para ella tan querido, sus ojos resplandecían como los de una iluminada.

¡Pobre Juanín!. Aquel pregón, triste, monótono, paseado por las enlodadas calles de Madrid, era su oración fúnebre.

EDUARDO ZAMACOIS

SECCIÓN CIENTÍFICA

ÓMNIBÚS DE VAPOR SIN RIELES

Tantos progresos ha hecho el automovilismo de algunos años á esta parte, que bien puede predecirse que dentro de corto plazo la tracción animal de los vehículos para las necesidades industriales y los transportes en común será sustituida por la tracción mecánica. Ya en muchas líneas de tranvías los caballos han sido sustituidos por el vapor, por el aire comprimido, por la electricidad, etc., después de haber ensayado el empleo de agentes químicos que no han dado hasta el día resultados tan satisfactorios como aquellos otros elementos.

Desde que en julio de 1894, por la inteligente iniciativa del *Petit Journal*, se inauguraron los concursos de automóviles, los vehículos ligeros movidos por motores de petróleo han progresado de una manera considerable: el desarrollo de los mismos ha sido tan rápido y tan grande, que este sistema de locomoción no será solamente cosa de lujo, sino que no tardará en aplicarse á los coches de alquiler ordinarios. La administración pública tiene ya preparada su regla-

to como fuerza motriz, aventajando en este concepto al petróleo.

En efecto, entre los varios sistemas de ómnibus hasta ahora construidos, han dado resultados bastante satisfactorios los sistemas Scotte, Le Blant, Bollée, de Dion, Bouton, etc., todos los cuales emplean ge-

asientos movido por el vapor, que funcionaba desde hacía tiempo en aquella población, cuando se organizó el concurso del *Petit Journal*. En seguida pensó M. Scotte tomar parte en éste, y en efecto, la tomó sin hacer ningún preparativo; pero por desgracia para él un ligero accidente ocurrido en su caldera (la rup-

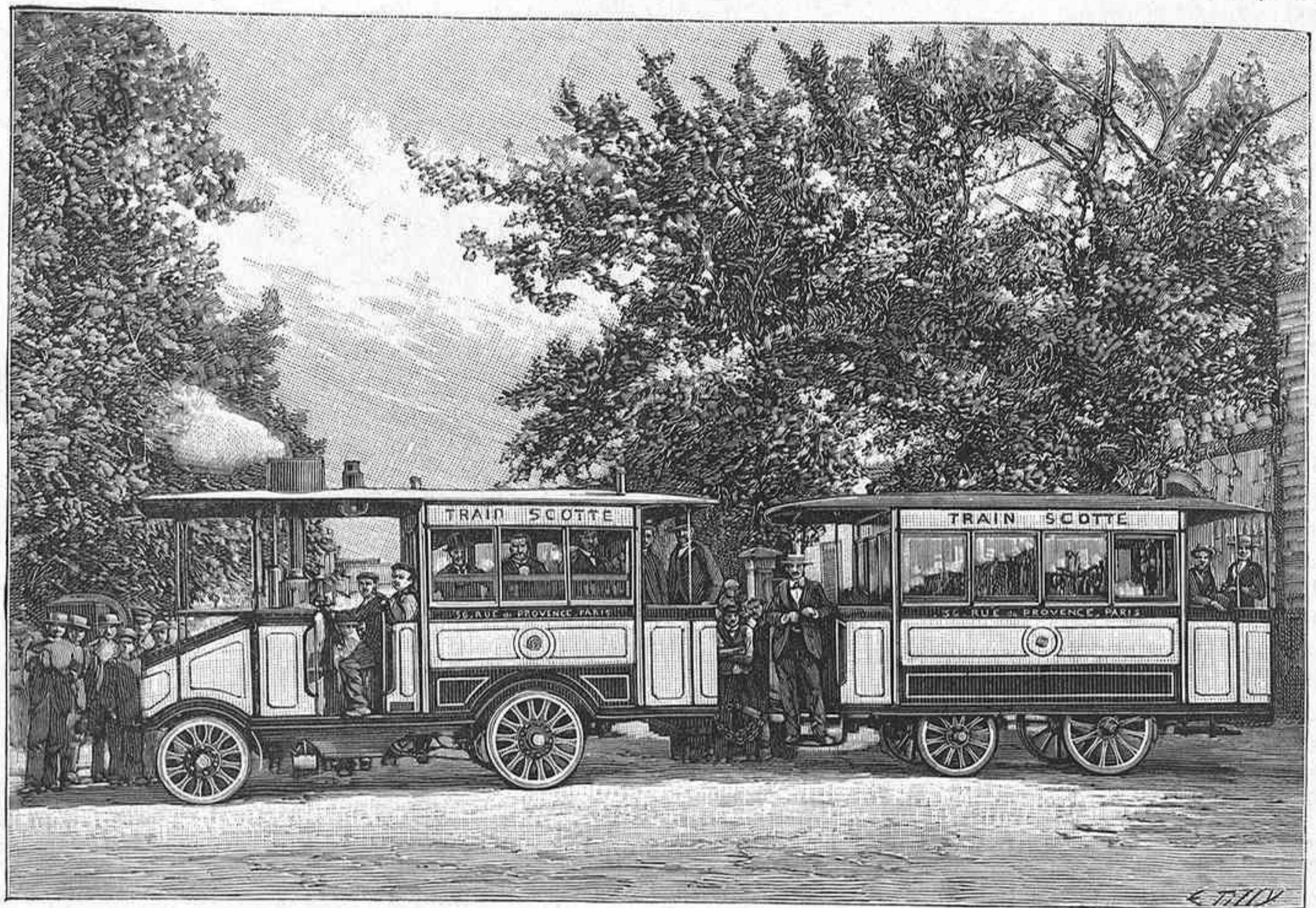


Fig. 2. - Omnibus de vapor sin rieles

neradores y motores de vapor. Con los motores de petróleo apenas si se ha llegado á mover breaks de más de diez asientos.

Para llegar á obtener soluciones prácticas en el problema de la locomoción mecánica por carreteras, han tenido que vencer grandes dificultades. Sus célebres antecesores han sido en Francia Cugnot con su carro de vapor, construido en 1769; en América Oliverio Evans, en 1786; y en Inglaterra Trevithick y Vivian, en 1801: estos últimos, en realidad, no hicieron más que aplicar y desarrollar las ideas de Oliverio Evans, que preconizaba el empleo de la máquina de vapor de alta presión.

Como sucede con todos los inventos, han sido precisos multitud de tanteos y ensayos antes de conseguir el grado de perfección á que se ha llegado en nuestros días. Como sería tarea larga enumerarlos to-

tura de un tapón metálico que no pudo ser sustituido porque M. Scotte se había olvidado de llevarse algunos de repuesto), le imposibilitó de continuar la marcha, á pesar de lo cual se otorgó un premio de estímulo á ese concurrente poco afortunado.

Después de haber hecho varias pruebas con su carruaje como tractor, M. Scotte modificó su modelo primitivo y construyó uno de mayores dimensiones, que sirviera de locomotora, por decirlo así, y al cual se enganchaba un coche para viajeros.

Por último, perfeccionando de nuevo su sistema de carruaje de vapor, M. Scotte ha realizado un gran número de experimentos prácticos en el departamento del Meuse, después de haber procedido á una serie de ensayos preliminares en las afueras de París (fig. 1): uno de éstos se hizo entre París y Saint-Cloud, habiendo recorrido el tren en una hora la distancia que separa el puente de Mirabeau y la plazoleta de Montretout pasando por la cuesta de Saint-Cloud, cuya pendiente es de 77 milímetros por metro.

El tren Scotte para viajeros se compone de un coche motor de vapor con catorce asientos sin contar los dos maquinistas, y de un coche que puede contener veinticuatro personas. El conjunto resulta ligero y elegante. El motor y el generador de vapor se hallan en la parte de delante y están separados del compartimiento de viajeros por un tabique de cristales. La máquina es vertical con dos cilindros, con cambio de marcha y de velocidad y una potencia de 16 caballos (fig. 2).

El coche de vapor lleva un freno rápido, movido por un pedal, y un freno de torno, accionado por un volante.

El tren Scotte puede doblar una curva en un círculo de 3'50 metros de radio.

La sociedad Scotte construye también un tren para mercancías, compuesto de un tractor y de un carro remolcado, que pueden arrastrar de cinco á seis toneladas con una velocidad media de seis á siete kilómetros por hora.

G. L. PESCE

DESCENSOR AUTOMÁTICO

Los aparatos de salvamento para el uso de casas y de fábricas son numerosos: entre ellos merece ser mencionado el descensor automático que fabrica la *Sociedad lionesa de mecánica y electricidad*.

Este aparato, que reproduce el primer grabado de la página siguiente, se compone de unos bastidores de hierro fundido que forman cuadro. En el centro de los mismos hay un sistema de tambor y de engranajes que funcionan por la acción de la carga que haya de bajarse. El tambor lleva arrollado un cable de alambre de acero, cuya longitud permite el descenso desde un sexto piso y que tiene en su extremo un cinturón de mallas metálicas con un garfio.

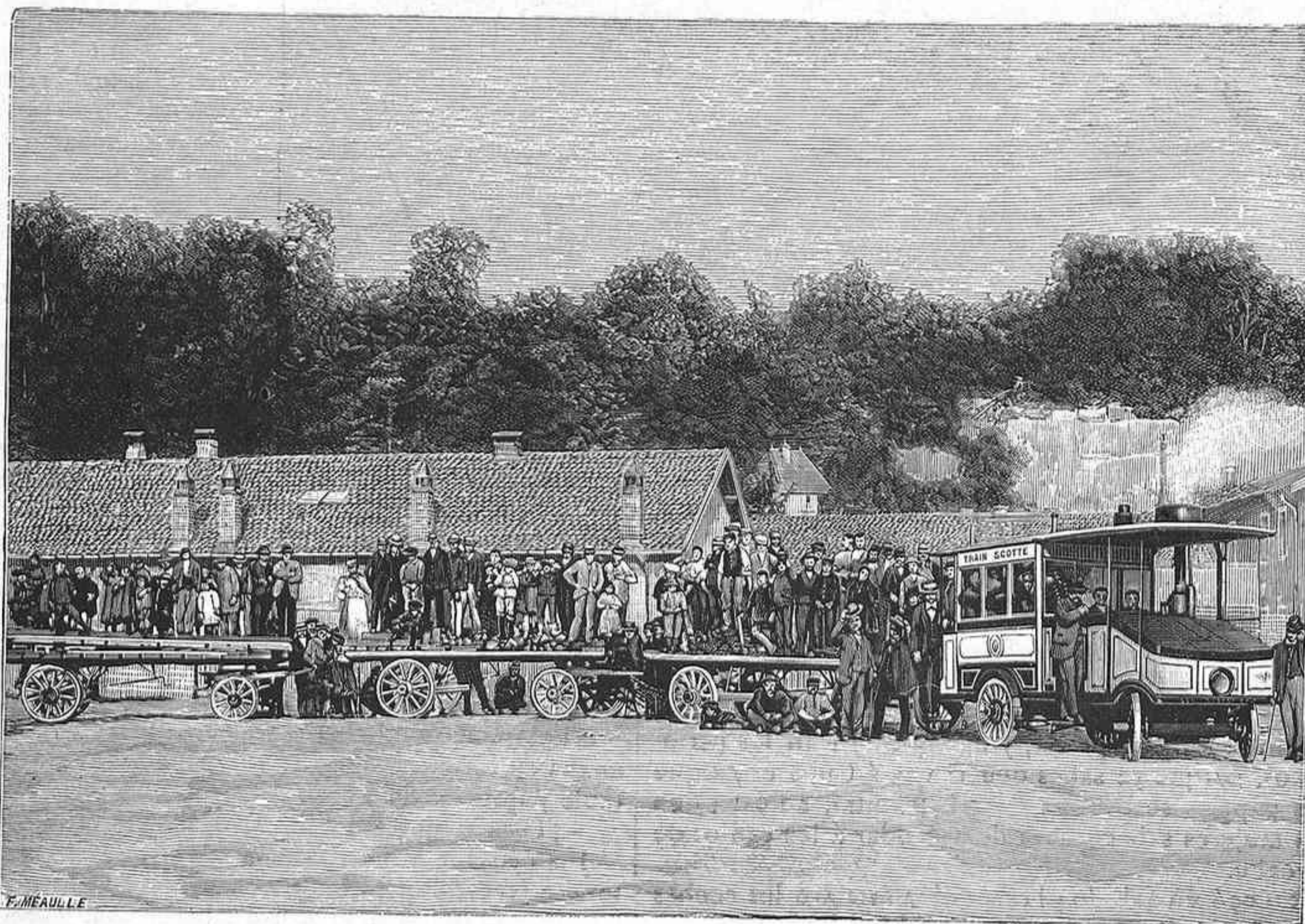


Fig. 1. - Primer tren de vapor Scotte que funcionó desde Pont-l'Abbé á Chef-de-Pont

mentación, y varias compañías los van á poner en circulación dentro de poco.

La aplicación de la tracción mecánica á los pesados vehículos que circulan por las carreteras sin necesidad de rieles no ofrece ya dificultad alguna. De los numerosos ensayos hasta el presente realizados resulta, al parecer, que el vapor ocupa el primer pue-

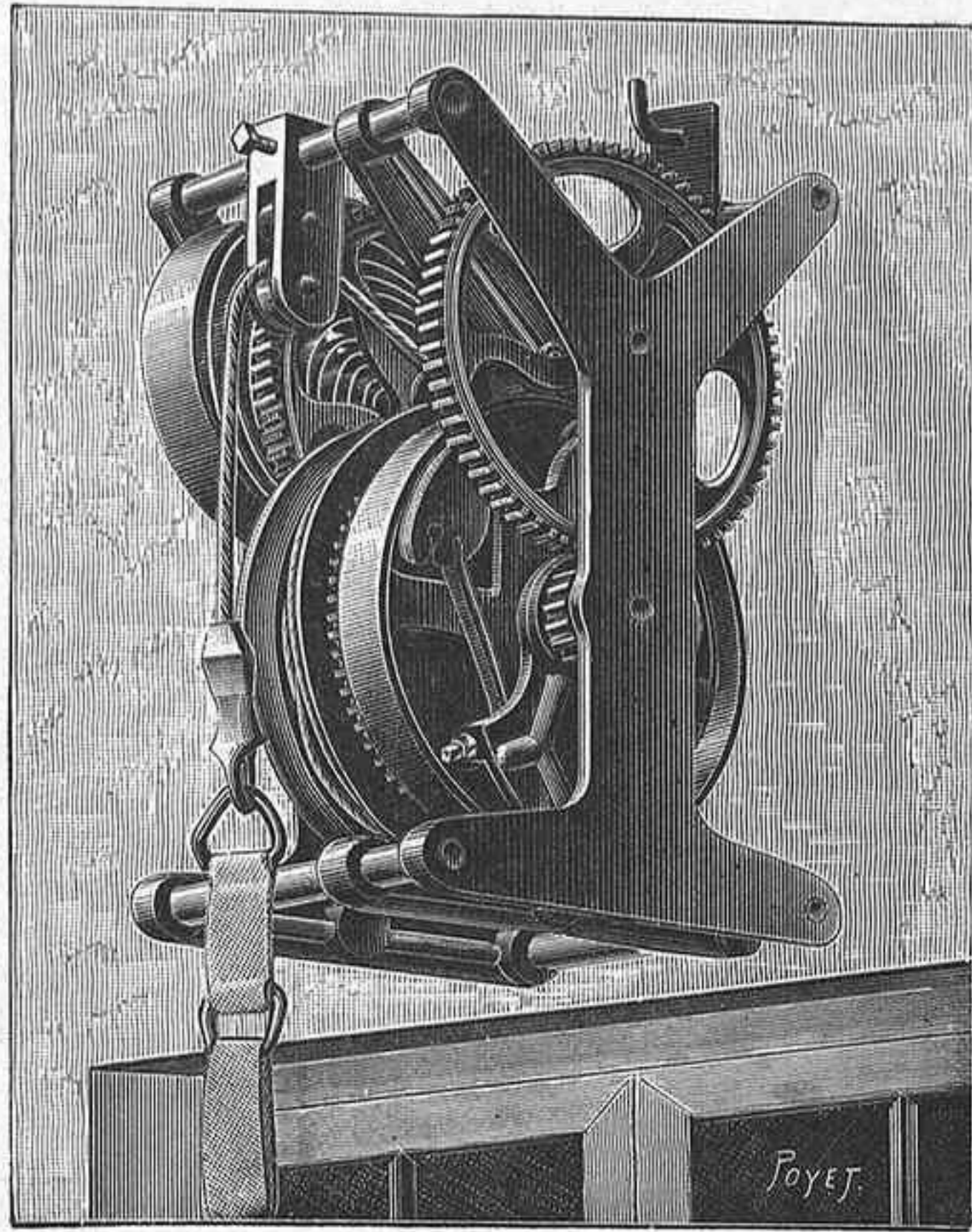
dos, nos limitaremos á dar á conocer el tren Scotte, del que se han hecho recientemente pruebas en el departamento del Meuse.

Su inventor, M. Scotte, es un gran fabricante de sombreros de Epernay: dotado de un espíritu práctico y de notable inventiva, construyó hace unos diez años, para su uso personal, un carruaje de cuatro

El aparato está sólidamente fijado en la pared exterior del edificio. La persona que haya de descender se pone el cinturón, y bajo la influencia de su peso el cable se desarrolla, arrastrando el tambor, que pone en movimiento un regulador de fuerza centrífuga, el cual permite que la carga baje con una velocidad determinada.

El descensor automático puede soportar un peso de 400 kilogramos, de suerte que por él pueden bajar dos, tres ó cuatro personas á la vez.

Al mismo tiempo que se verifica el descenso, un muelle en espiral, parecido á los de reloj, se va enrollando por medio de un piñón y de una rueda dentada: este dispositivo tiene por objeto hacer que cuando la cuerda ha llegado al término del viaje, suba de nuevo automáticamente



Descensor automático para salvamento en casos de incendios. - Vista de la cabria y de los engranajes y de la cuerda arrollada al tambor que sostiene el garfio de suspensión.

para que puedan verificarse nuevos salvamentos. Para cada uno de éstos no se necesitan más de treinta segundos, de modo que en poco tiempo pueden efectuarse muchos.

Este aparato permite también descender pequeñas arcas de caudales y objetos diversos; ocupa poco espacio, es de muy sencillo manejo y de reducido precio, cualidades todas que le hacen recomendable.

El segundo grabado de esta página representa el aparato en funciones: un hombre, provisto del cinturón de suspensión, se agarra á la cuerda con una mano y con el otro brazo sostiene á una mujer á quien ha salvado del incendio. En cuanto llegue al suelo y se despoje del cinturón, la cuerda volverá á subir, permitiendo realizar un nuevo salvamento.

Como se ve, este aparato está destinado á prestar grandes servicios, y mucho ganarían las poblaciones si las autoridades exigiesen, entre otras medidas preventivas contra los incendios, que se instalasen descensores automáticos de éstos ú otros análogos en los pisos altos de los teatros, en los grandes almacenes, y en todos los demás edificios en donde se determinan especialmente medidas de protección.

También sería muy conveniente que en las ciudades los propietarios instalasen en sus casas estos aparatos, con los cuales se evitarían muchas desgracias. - X.

(De La Nature)



El descensor automático en función durante un incendio.

Agua Léchelle

HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los **ñujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disentería, etc.** Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de **ñujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.**
DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.,** 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Selne.

SIMIENTE DE LINO TARIN

Preparado especial para combatir con suceso **Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga** (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).

Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche

La Cajita : 1 fr. 30

POMADA FONTAINE

Son sus efectos admirables contra el **Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Gaspa y Caída del pelo.** - Fricciones ligeras por la noche.

El Boto : 2 fr. ; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE

Excelente auxiliar de la **POMADA FONTAINE**

La Bola : 2 fr. ; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmacéutico de 1ª Clase, ex-interno de los Hospitales
PARIS. - 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas **Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**

El mas eficaz de los **Ferruginosos** contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**

GELIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

ERGOTINA y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas **PODEROSO** que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las **Grageas** hacen mas fácil el **labor del parto** y **detienen las pérdidas.**

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

EL APIOL de los D^{res} JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, **CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS,** y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores **Laënnec, Thénard, Guersant, etc.;** ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS.**

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAQUECAS y NEURALGIAS**
Suprime los **Cólicos periódicos**
E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, en PARIS
La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.



UNGUENTO ROJO MÈRE

CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
Infiltraciones y Derrames articulares
Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados benéficos se extienden á todos los animales.

BLACK MIXTURE MÈRE

BALSAMO CICATRIZANTE
Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
EN TODAS LAS DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastralgias, dolores y retortijos de estómago, estreñimientos rebeldes,** para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

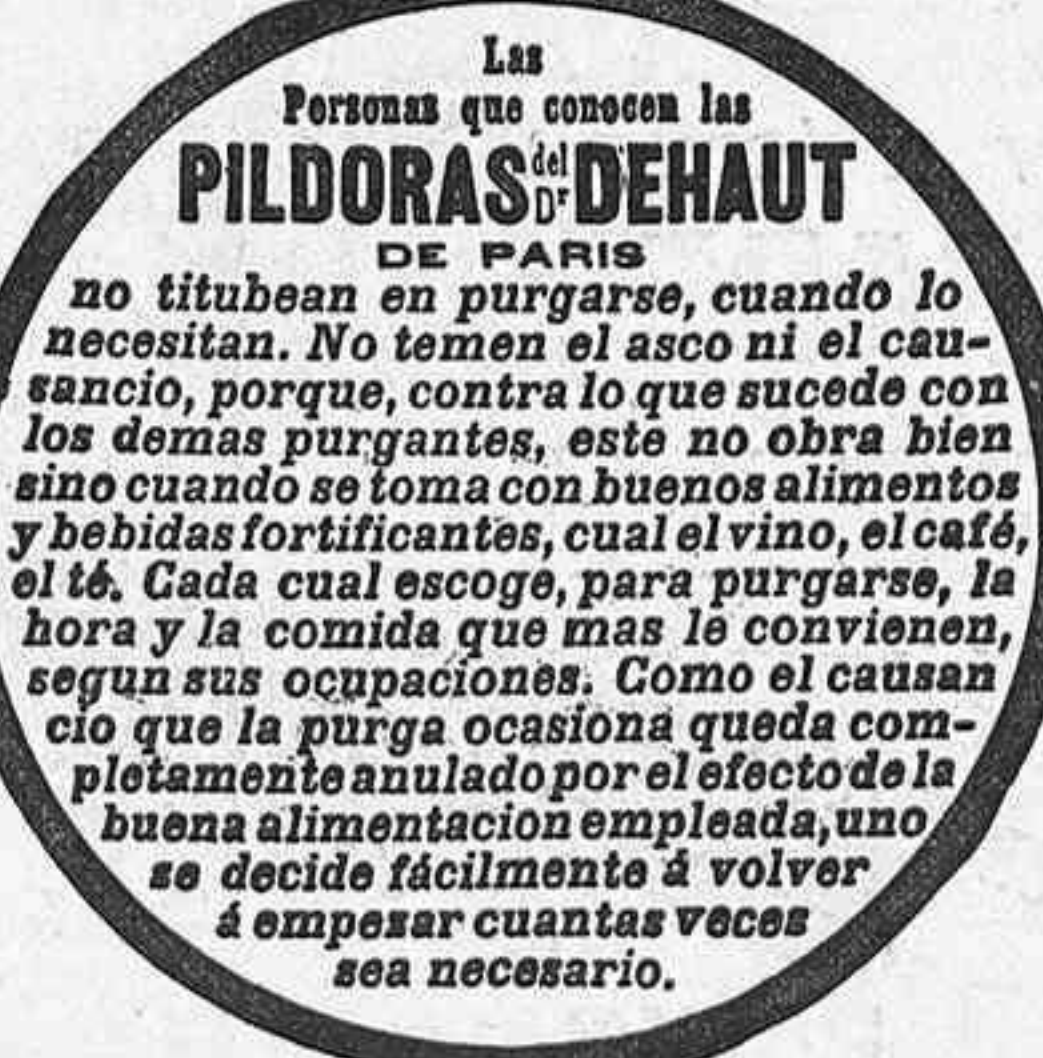
JARABE

al Bromuro de Potasio

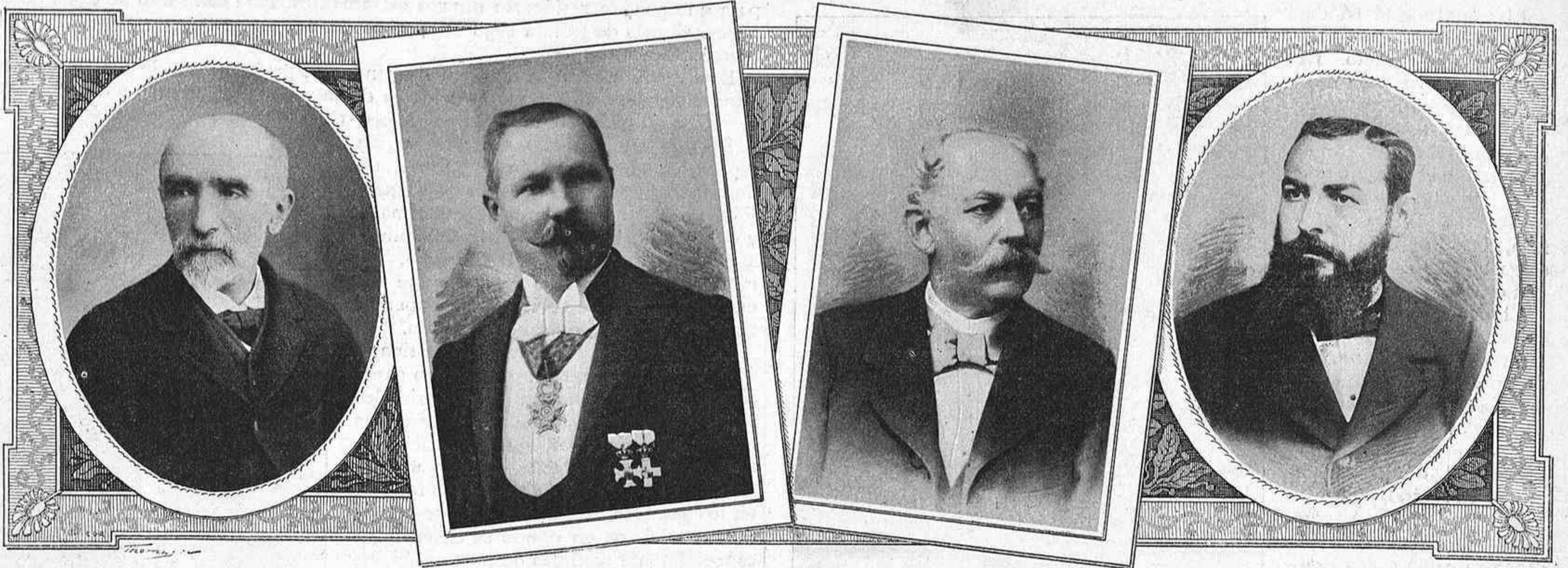
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la **epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones** y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las **afecciones nerviosas.**

Fábrica, Expediciones : **J.-P. LAROZE & C^o,** 2, rue des Lions-St-Paul, á París.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias



MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS D^{res} JORET y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
EVITAN DOLORS, RETARDOS
DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



PATRIOTAS ESPAÑOLES EN MÉXICO

D. VALENTÍN ELCORO. - D. JOSÉ GONZÁLEZ MISA. - D. MANUEL ROMANO GAVITO. - D. WENCESLAO QUINTANA

En varias ocasiones nos hemos ocupado de la colonia española en México ensalzando su ardiente patriotismo. A ella pertenecen también los señores cuyos retratos anteceden.

Don Valentín Elcoro es natural de Vizcaya; establecido en México desde muy joven, su talento mercantil, laboriosidad y honradez le han permitido crearse una posición desahogada y le han conquistado general estimación. Desde los comienzos de la guerra de Cuba ha sido uno de los primeros en tomar parte en las suscripciones abiertas en aquella capital y en la actualidad es de los que más trabajan para el fomento de la marina de guerra española.

La historia del Sr. González Misa es la de todos los que llevados de su noble ambición y de su amor al trabajo, se han labrado una fortuna en el Nuevo Mundo. Patriota entusiasta, dondequiera que se hace algo en favor de España, allí está su nombre, figurando actualmente en la Junta Patriótica para el fomento de nuestra marina de guerra.

D. Manuel Romano Gavito, presidente de la Comisión económica de la Junta Patriótica,

es natural de Poo (Asturias), y marchóse á la República Mexicana en 1850, dedicándose allí á los asuntos mercantiles, en los que alcanzó tanta fama como provecho. Goza en aquella capital de grandes simpatías, y sus patrióticos desprendimientos le colocan entre los españoles ilustres en aquella república establecidos.

D. Wenceslao Quintana, hijo de Arcentales (Vizcaya), reside en México desde hace veintidós años: dedicado al comercio y á la industria, ha visto recompensados su talento, su laboriosidad y su honradez con la posición envidiable que hoy ocupa. Los cargos que desempeña de Tesorero de la Junta española de Covadonga, de la Casa de Salud y de la Junta directiva del Casino Español y de Secretario de la Comisión económica de la Junta patriótica demuestran elocuentemente su acendrado amor á España.

Las fotografías que publicamos nos han sido remitidas por D. Claudio Scapachini, á quien reiteramos nuestro agradecimiento por sus constantes atenciones.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{II} BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
 EXÁMINE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I - CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

II - CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Aodias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rótulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rótulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CARRERAS-CAZA
EMBROCACION MERE de Chantilly
 INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MERE FARM. ORLEANS

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 cura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^{ie} BSt-Denis, 28

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FA^{ic} BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS y JARABE DE BLANCARD
 Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMO ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS
 etc., etc.
 Exigiese la firma y el sello de garantia.
 PARIS 40, rue Bonaparte, 40

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata J. FERRÉ y C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.

UNGÜENTO ROJO MERE
 DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS
 DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MERE FARM. ORLEANS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALOIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 onzas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.